

EL LARGO DÍA DE LOS ROBOTS

GLENN
PARRISH

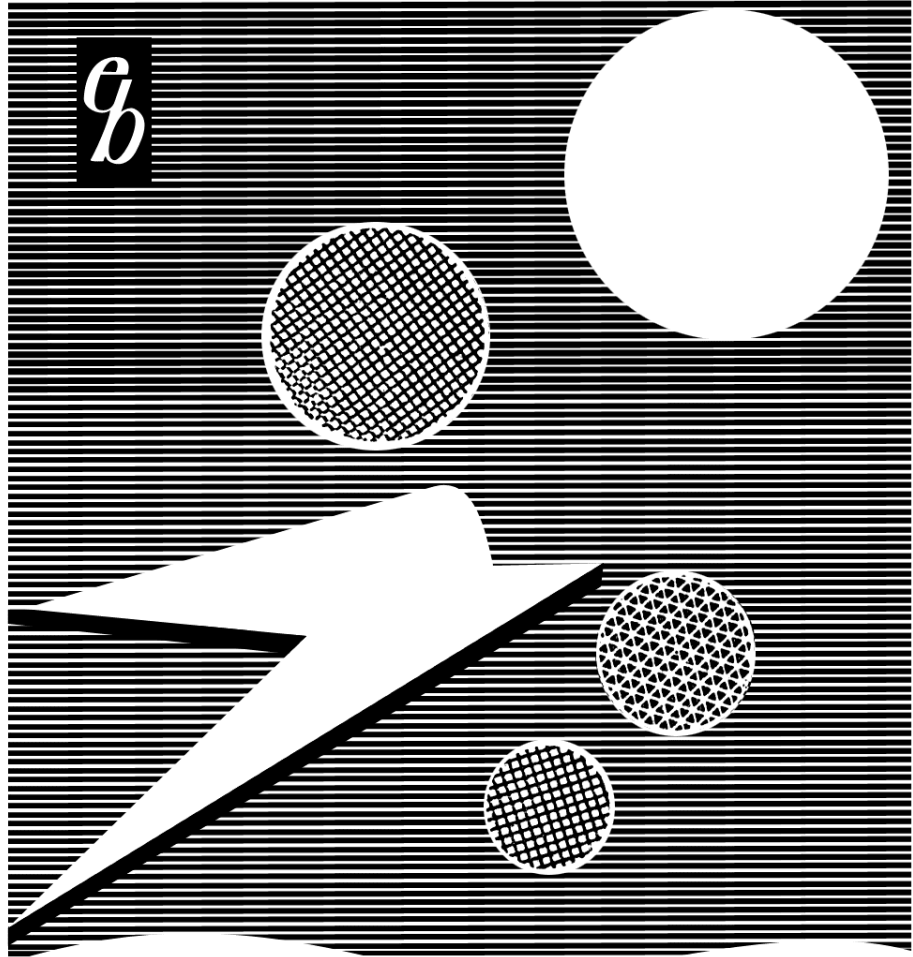


BOLSILIBROS
BRUGUERA

SERIE

LA CONQUISTA
DEL
ESPACIO

cb



LA CONQUISTA DEL ESPACIO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

59 - El planeta de las mujeres-araña -
Keith Luger

60 - La noche de los terrores - *Curtis
Garland*

61 - El hombre de 1.500 años - *Glenn
Parrish*

62 - Dimensión 354-X - *Joe Mogar*

63 - Ío, satélite de castigo - *Ralph Barby*

**GLENN
PARRISH**

**EL
LARGO
DÍA
DE LOS
ROBOTS**

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.º 64
Publicación semanal.
Aparece los VIERNES.



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS -
MEXICO

Depósito Legal B. 35.733 – 1971

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: noviembre, 1971

© GLENN PARRISH - **1971**

sobre la parte literaria

© JORGE NUÑEZ - **1971**

sobre la cubierta

*Concedidos derechos exclusivos a favor
de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.***

Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

**Todos los
personajes y
entidades privadas
que aparecen en
esta novela, así
como las
situaciones de la
misma, son fruto
exclusivamente de
la imaginación del
autor, por lo que
cualquier
semejanza con
personajes,
entidades o hechos
pasados o actuales,
será simple
coincidencia.**

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera,**
S.A.

Mora la Nueva, 2 — Barcelona — 1971

CAPÍTULO PRIMERO

Los hombres y las mujeres, aunque de diferentes edades, vestían con sencilla elegancia y parecían contentos y felices. La mayoría se paseaban por un paisaje urbano en el que abundaban los mármoles y materiales nobles en la construcción de edificios.

Las mujeres jóvenes, precisamente por su misma juventud, tenían el privilegio de ir más ligeras de ropa. Se sentían orgullosas de su figura y hacían todo lo posible para demostrarlo.

Dos hombres se encontraron de pronto en una de las grandes plazas de la ciudad.

—Te saludo, Demetrio —dijo uno de ellos.

El otro puso su mano sobre el hombro de su amigo.

—Te saludo, Guwor —contestó—. ¿Cómo te encuentras?

—Maravillosamente —rió Guwor—. En el mejor de los mundos. Hacía tiempo que no nos veíamos, Demetrio. ¿Qué es de tu vida, qué haces ahora?

Demetrio recogió afectadamente los pliegues de su túnica y se llevó a la nariz una rosa que llevaba en la otra mano.

—Cuido mi jardín —contestó—. Es la labor que más me agrada. ¿Y tú, sigues con tus investigaciones

químicas?

—De vez en cuando hago algo, pero muy espaciadamente. Tengo quien trabaje por mí.

—Es verdad, lo había olvidado. Guwor, ¿te parece que tomemos una copa para celebrar el encuentro?

—Magnífico, Demetrio. Mira, ahí veo la terraza de un café, que nos viene que ni pintada.

Los dos hombres, sin prisas, se dirigieron al lugar aludido. Dos muchachas pasaron charlando a su lado, en medio de cuchicheos y risitas.

—Ayer vi a Frania —dijo una de ellas.

—¿Qué hace esa orgullosa? —preguntó la otra.

—Oh, nada, ¿qué quieres que haga? Pero me dijo que va a tener un niño.

—¿Se ha casado?

—¡Qué anticuada eres! Frania prefiere vivir sola, ya lo sabes, pero se le ha metido en la cabeza que ha de tener un hijo y se dirigirá al Banco de Generación, para que le faciliten los... los «materiales» necesarios.

—Siempre fue una orgullosa. Lo hace para presumir, no creas.

—Pues yo diría mejor que es que no hay hombre que la mire a la cara.

—¡Toma, como que mirarla a ella es como mirar la cabeza de Medusa, aquella señora de la antigüedad que petrificaba a los hombres sólo con sus ojos!

—¿Llamas Medusa a Frania o la llamas antigualla?

Las dos chicas se echaron a reír y continuaron su camino. Demetrio y Guwor ya se habían sentado en sendas sillas, a la orilla de la acera y bajo la sombra de un «velarium» de grandes dimensiones y de vivos

colores en anchas fajas.

—Qué mundo éste —suspiró Guwor—. ¿Has oído lo que hablaban esas chicas?

—Sí —contestó Demetrio—, pero, ¿de quién es la culpa sino de los hombres?

—En buena parte tienes razón, aunque por otro lado, debes pensar que es tal vez uno de los precios que pagamos por esta nuestra civilización actual.

—Acaso tengas razón —convino Demetrio blandamente—. Ah, aquí viene la camarera.

—¿Camarera o camarero? —preguntó Guwor riendo—. Por fuera parece mujer, pero uno no está seguro...

Una encantadora joven se detuvo frente a ellos.

—¿Señores? —preguntó.

—Dos copas de vino —pidió Demetrio—. Sector diecisiete, año doce.

—Al momento, señor.

—Espere —pidió Guwor.

La camarera le miró expectante, con una ligera sonrisa en los labios.

—Diga, señor.

—Acérquese.

—Sí, señor.

Guwor alargó la mano y tocó el brazo desnudo de la camarera, que se dejó hacer sin oponer resistencia, con la sonrisa en los labios.

—Es un robot, Demetrio —dijo, volviéndose hacia su amigo.

—Sí, señor, soy un robot —confirmó la camarera—. ¿Algo más?

—No, sólo el vino, por favor.

—En el acto, señor.

Demetrio meneó la cabeza.

—Cada día hacen mejor los robots. Hay veces que yo, para convencerme de que mi mujer es de carne y hueso, le arreo un pellizco en... bueno, imagínate dónde. Si chilla, es que sigue siendo mi auténtica mujer y no un robot.

Guwor se echó a reír.

—Tienes un acusado sentido del humor —dijo—. La verdad es que en esta época se vive bien.

—Sí —suspiró Demetrio—. Todo nos lo hacen los robots, pero, a veces, me pregunto yo si no convendría que los humanos tomásemos de nuevo la iniciativa.

—Ya la tenemos. ¿O es que la hemos perdido alguna vez? Los robots nos obedecen, son los modernos esclavos... y no debemos avergonzarnos de que sea así, porque, al fin y al cabo, son máquinas creadas por nuestra inteligencia. Eso nos hace más fácil y cómoda la existencia, sencillamente, Demetrio.

—Tal vez tengas razón, Guwor, pero que ellos lo hagan todo nos arrebatara el estímulo, las ganas de ser activos... Estamos sumidos en un nirvana delicioso; casi no tenemos más que abrir la boca para comer; necesitamos ropa y un robot nos la trae... La existencia del hombre debe ser lucha y no holganza, créeme.

—Demetrio, tú has leído libros antiguos sobre política —dijo Guwor—. Sí, hace siglos se pensaba así, pero, ¿qué consiguieron sino matarse los unos a los otros? Al menos, y aunque sea a costa de nuestra vida de comodidad, reina la paz.

—Y no damos golpe.

—Habiendo esclavos, aunque sean mecánicos, ¿para qué? En todo caso, debemos rendir homenaje a nuestros antepasados por las matanzas que hicieron y que dejaron reducido el número de habitantes del planeta a una cortísima cifra. Gracias a ello, vivimos mejor y... Ah, pero ya viene la camarera.

El robot se acercó con una bandeja en las manos, sobre la cual se veían dos copas de vidrio, llenas de un líquido de color rubí. Sobre la bandeja había, además, un largo cilindro de metal, de cinco centímetros de grosor, por setenta de diámetro.

—El vino, señores —anunció la camarera con dulce voz, conseguida por medios mecánicos, a la vez que dejaba las copas sobre la mesa.

—¿Qué llevas ahí? —preguntó Guwor, extrañado —. ¿Para qué sirve esa barra?

—Para romperte el cráneo —contestó el robot, sin sufrir la menor alteración en su voz.

La barra subió y bajó y se oyó un aterrador ruido de huesos rotos. Guwor se desplomó al suelo, con la cabeza literalmente partida.

Demetrio, espantado, quiso huir. La barra le alcanzó en la nuca y también su cráneo se rompió como la cáscara de un huevo.



La astronave viajaba por el espacio a velocidades hiper lumínicas.

No era un aparato muy grande, aunque sí había

sitio y comodidades suficientes para varias personas. Sin embargo, sólo había un tripulante a bordo.

Jan Varga dormitaba apaciblemente, oyendo una agradable música de fondo, reclinado en un sillón anatómico de posición variable. Era un hombre joven, fornido, de unos veintisiete o veintiocho años de edad, pelo castaño y ojos oscuros. Una ligera sonrisa aparecía en sus labios.

Varga se dirigía a la Tierra, al planeta de sus mayores. Por fin, al cabo de muchos años, estaba a punto de conseguir lo que había sido el anhelo de su existencia, desde que tuvo uso de razón.

Apenas si le faltaban ya tres o cuatro jornadas para llegar al término de su viaje. Pronto los aparatos de control automáticos reducirían la velocidad de la astronave y entraría en un espacio normal, donde debería viajar a velocidades sublumínicas.

De pronto, un ligero campanilleo interrumpió su agradable duermevela.

Varga abrió los ojos. Delante de él, en el cuadro de mandos, oscilaba una lámpara de color rojo.

—¿Qué? —murmuró—. ¡Eso es la señal de alarma de alguien en peligro!

Levantándose de un salto, se acercó al panel de mandos. La señal continuaba funcionando en sus dos sistemas: visual y auditivo.

—Quienquiera que sea el que está en peligro, usa un emisor hiperespacial —dedujo.

Era necesario, debido a que, en aquel sector, cualquier astronave que viajase por él, se movería ineludiblemente a velocidades superiores a la de la

luz.

Las manos de Varga se movieron rápida y diestramente sobre el teclado de mandos. Complicados aparatos redujeron la velocidad de la astronave sin daño alguno para su único tripulante.

Con un vivo estallido de luz, la astronave apareció de pronto en el espacio normal. A unos pocos miles de kilómetros de distancia, Varga divisó la esférica imagen de un planeta de no grandes dimensiones.

—La señal procede de ahí —se dijo—. Será cosa de investigar.

Era, indudablemente, una petición de socorro. Varga hizo una rápida consulta a la pantalla de cartas estelares.

—El planeta se llama Rogos y está deshabitado —supo a los pocos momentos.

Introdujo en la computadora directriz de rumbos los datos necesarios para encontrar una órbita que le condujese automáticamente hacia el lugar de donde procedían las señales de socorro. Tenía que cumplir ineludiblemente con una de las principales obligaciones de los hombres del espacio: socorrer a los náufragos, quienesquiera que fuesen.

La astronave se encaminó hacia Rogos. A medida que se reducían las distancias, se acentuaban los tonos de sonido y de imagen de las señales de socorro.

CAPÍTULO II

Los cadáveres yacían en el suelo, sobre sendos charcos de sangre.

Se oyó un vibrante campanileo. Un vehículo policial llegó raudamente al lugar del suceso.

Sus ocupantes empezaron a hacer preguntas a los testigos. Todos coincidían en declarar lo mismo: el robot había atacado a dos pacíficos ciudadanos.

—Increíble —dijo el oficial que mandaba la patrulla—. Un robot está construido para obedecer en todo a los humanos. Y no puede causarles el menor daño.

—Pero los mató —dijo alguien.

—Eso es que su circuito de la obediencia se descompuso —aventuró uno de los policías.

El robot estaba parado a un lado, inmóvil, rígido, sin la menor expresión en su bello rostro.

—¿Cuáles son tus cifras? —preguntó el teniente de policía.

—K. R. Y. A.-8.705 —contestó el robot.

—Has atacado y dado muerte a dos humanos.

—Sí —reconoció la máquina.

—¿Notas deficiencia en tu control interno de circuitos?

—No, ninguna.

—¿Has olvidado que nos debes respeto y obediencia, sobre todo, y que te está solemnemente prohibido, por las leyes robóticas, causar el menor daño a los humanos?

—No, no lo he olvidado.

—Entonces, Krya, por todos los diablos, ¿qué te ha pasado?

—No lo sé.

—Teniente —cuchicheó uno de los policías—, este robot está descompuesto.

—Es probable que tenga usted razón, Mirbo —convino el oficial—. Pero eso significa que a alguien le va a costar caro haberse olvidado de la revisión de rutina de los circuitos del robot. A ver, que venga el dueño del local...

—Teniente, este café está regido por robots —le indicó uno de sus hombres.

El oficial se pasó una mano por la cara.

—Soy un humano anticuado —rezongó—. Hace años, los cafés y lugares similares, estaban en manos de personas y no de robots. Bueno, habrá un robot responsable de los demás, ¿no?

Llegó una aeroambulancia. Los robots sanitarios se dispusieron a llevarse los cadáveres.

Alguien se acercó al teniente.

—Soy E. R. L. 0-3.316 —se presentó—. Robot responsable de este establecimiento.

—Y de todos los robots que trabajan en él —dijo el policía.

—Sí.

—Sí, señor, no lo olvides, Erlo. Soy humano, tú, una máquina.

—Sí, señor, dispense, señor —dijo el robot, impasible. Erlo tenía figura masculina.

—Está bien. Puesto que eres el responsable de los

robots del café, podrás informarme de si se hacen las revisiones reglamentarias de los circuitos de todos los robots que dependen de ti.

—Se hacen esas revisiones, señor, puedo garantizarlo —aseguró Erlo. Y añadió—: Krya, vuélvete.

La «camarera» obedeció. Erlo despegó un trozo de piel artificial de su espalda y enseñó una plaquita de metal que había debajo, con una columna de cifras, que eran fechas en realidad.

—La última revisión, según está grabado en el control correspondiente, se efectuó el dos de junio de dos mil seiscientos noventa y tres —dijo Erlo.

El oficial de policía asintió. Aquellos sellos no permitían lugar a dudas.

—Como sea, Krya ha matado a dos humanos —dijo—. Es preciso que la examinen de nuevo. Algo ha fallado en sus circuitos, después de la revisión de rigor.

—Muy bien, señor, tú mandas —contestó Erlo—. Krya, irás con el humano teniente de policía.

—Sí —dijo el otro robot mecánicamente.

En aquel momento, un aeromóvil descendió de las alturas, posándose sobre el suelo de la gran plaza. Dos hombres se apearon del mismo y se dirigieron al lugar del suceso.

El oficial reconoció en el acto a uno de los recién llegados. Era el coronel Urry, jefe del departamento.

—Señor —saludó respetuosamente.

—Hola, Hissos —contestó Urry—. Le presento al doctor Otthan Arlid, de la Universidad de Robótica y

uno de los más grandes genios de la especialidad.

Hissos volvió los ojos hacia el aludido, un hombre de unos cuarenta y tantos años, alto y fornido y de mirada penetrante.

—Es un placer, doctor —saludó.

—Su coronel exagera —rió Arlid—. He oído decir que un robot ha matado a dos humanos.

—Así es, señor, y él mismo lo ha admitido, además de que hay numerosos testigos del hecho.

Arlid se volvió hacia Urry.

—Lamentable, verdaderamente lamentable. En todo el tiempo que llevo dedicado a la ciencia de la Robótica, y son muchos años, es la primera vez que veo algo semejante —dijo.

—Se le habrá descompuesto algún circuito —opinó Urry.

—Pudiera ser, pero antes de atacar a un humano, tiene el circuito de tensión mínima. Habría saltado y el aflujo de corriente hubiera cesado instantáneamente, lo que habría evitado el crimen, por paralización de la mecánica del robot.

Urry asintió. El doctor Arlid continuó:

—En este aspecto, los robots son un poco como los humanos. En nosotros, la cólera se produce a consecuencia de una excesiva descarga de adrenalina que va a parar al torrente sanguíneo. Si un robot concibe sentimientos inamistosos hacia un humano, su tensión interior se eleva y, entonces, el circuito de tensión mínima, salta y corta la corriente. Se han dado poquísimos casos, pero ese circuito se reveló como una excelente precaución.

—Que ha fallado en el presente caso, doctor.

—Lamentablemente, sí —admitió Arlid—. Por eso, al enterarme del suceso, le pedí que me permitiera acompañarle para hacerme cargo del robot.

—Lléveselo —rió Urry—. No es un humano, en cuyo caso, su examen quedaría a nuestro cargo. Espero que sepa encontrar la falla que ha dado lugar a este desagradable hecho.

—Yo también lo espero así, coronel.

Urry sonrió maliciosamente.

—Le hará usted una especie de autopsia mecánica, ¿no es así?

—La frase, aunque no exacta, sí es muy definitoria —convino Arlid con una sonrisa—. Krya, tienes que venir conmigo —ordenó secamente—. Soy el doctor Otthan Arlid. ¿Me has oído?

—Sí, doctor —contestó «la» robot.

Arlid se despidió de los policías.

—Gracias por todo, coronel —dijo—. Teniente Hissos, ha sido un placer.

Urry e Hissos quedaron frente a frente.

—Esto traerá cola, señor —suspiró el teniente.

—Sí —convino Urry, torciendo el gesto—. Si empezamos a desconfiar de los robots, no sé qué diablos va a ser de nosotros. En tal caso —profetizó lúgubrementemente—, nuestra civilización se iría al diablo.



Sentado ante el puesto de mando, Jan Varga tenía los ojos fijos en los distintos controles del aparato, que

manejaba con infinito cuidado, a la vez que descendía con moderada velocidad.

De repente, algo subió a las alturas, centelleando en la atmósfera. Varga pulsó un botón y una bola de fuego salió al encuentro del cohete, haciéndolo estallar inofensivamente a varios kilómetros de distancia.

—Me atacan —dedujo.

Alguien le llamó por la radio:

—El proyector está a dos grados a la derecha de su vertical —indicó una voz.

Varga parpadeó.

La voz era de mujer.

—¿Quién le ataca, señora?

—Edmorianos —respondió ella lacónicamente.

—¿Cómo? ¿Los hombres de Edmor han llegado tan lejos?

—Eso parece, ¿no? Oiga, si no hace algo pronto, acabarán conmigo. La tensión de mi emisor de energía baja rápidamente y dentro de unos minutos dejará de protegerme.

—Está bien —contestó Varga—. Voy a ayudarla.

Movió el mando del visor telescópico. En la pantalla correspondiente aparecieron unos cuantos hombres, agitándose al lado de un extraño artefacto, montado sobre un trípode, como una especie de rampa de lanzamiento de cohetes.

Varga centró el aparato en la cruz filar de su pantalla. Apretó un botón y un proyectil partió del vientre de su aparato a velocidad supersónica.

Los edmorianos lo vieron llegar y trataron de escapar. Era ya tarde.

La explosión se produjo a veinte metros del suelo y barrió cuanto había debajo, en un radio de cincuenta metros. Una vivísima llamarada subió a lo alto, cuando las municiones de los atacantes hicieron explosión.

—Eso está bien —dijo la mujer—. Ya ha pasado el peligro, muchas gracias.

—Me llamo Jan Varga —dijo él.

—Yo soy Helena 30tkos —contestó la mujer—. Gracias por su ayuda, Varga. ¿Terrestre?

—Sí.

Ella suspiró audiblemente.

—Gracias otra vez, paisano.

—Se hace lo que se puede —sonrió Varga—. Pero, en realidad, no soy terrestre, sino por ascendencia.

—Hijo de terrestres.

—Sí.

—¿Es la primera vez que viaja a nuestro planeta?

—En efecto. Procedo de Olyshoor-11.

—Ah, he oído hablar de él. Un mundo muy agradable.

—No tanto como la Tierra, señorita 30tkos... ¡Oiga! —exclamó Varga de pronto—. ¿Cómo es que emplea una cifra como inicial de su apellido? Es la primera vez que escucho una cosa semejante.

Helena se echó a reír.

—Mi apellido 30tkos significa que pertenezco a la tercera rama de la familia Otkos, pero esto son minucias genealógicas que no tienen importancia —declaró—. Se está desviando un grado del punto donde debe aterrizar. Corrija el rumbo o tomará tierra a diez

kilómetros del lugar en que me encuentro —advirtió la joven.

CAPÍTULO III

Varga abrió la escotilla y saltó al suelo.

Una encantadora joven, de elevada estatura y formas bien proporcionadas, salió a su encuentro.

—Gracias otra vez —dijo, tendiéndole la mano.

—Ha sido un placer, señorita 30tkos —aseguró él.

—Por favor, Jan, suprima los tratamientos. En la Tierra ya no se usan.

—Es verdad, lo había olvidado. En Olyshoor-11 somos todavía un tanto anticuados.

—Entonces, no ha estado nunca en la Tierra.

—No —sonrió Varga—. Es la primera vez que viajo a aquel planeta.

Helena hizo un gesto un poco raro.

—Le gustará al principio, pero luego, si es medianamente sensato, lo aborrecerá —dijo.

Varga se extrañó.

—¿Por qué? Mis padres me han hablado siempre de la Tierra como el lugar más hermoso del universo —contestó.

—Depende de los puntos de vista, Jan. El mío es un poco difícil de entender, pero, mejor que las explicaciones, lo entenderá usted de modo práctico, cuando viva allí.

—Bueno, yo sé que la vida es fácil, agradable y cómoda. Hay de todo, una sanidad inmejorable... y robots que hacen todos los trabajos más duros.

—Y hasta los que no son duros —dijo Helena—. Pero, repito, más vale que lo aprecie por sí mismo.

Cualquier cosa que yo pudiera decirle ahora, le parecería quizá tendenciosa.

—Da la sensación de que no está muy contenta con el sistema de vida que impera en la Tierra, Helena.

—A decir verdad, no. Completamente descontenta, no, tampoco, por supuesto; pero los terrestres han llegado a unos extremos verdaderamente reprobables. Repito que lo apreciará por sí mismo... o se dejará arrastrar por la corriente. Eso es cuestión ya de la propia personalidad de cada uno.

—Está bien —sonrió Varga—, no discutamos más el asunto. Helena, dígame, ¿qué hacía usted aquí?

—Exploraciones, Jan.

—Científicas.

Helena vaciló un momento.

—Sí —admitió al cabo.

—Y la atacaron los edmorianos.

—Sí. Por fortuna, tuve tiempo de proyectar la cúpula de energía, pero se había debilitado ya mucho a consecuencia de sus disparos.

—Celebro haber llegado a tiempo, Helena. Menos mal que se le ocurrió conectar las señales automáticas de socorro.

—Me pareció que debía intentarlo. No puse muchas esperanzas en ello, pero dio resultado.

—De lo que me alegro sinceramente. Los edmorianos tienen una fama pésima, creo.

—Sí, son depredadores por naturaleza, mejor dicho, por educación. Son crueles, voraces, carecen de escrúpulos y la vida humana es algo que para ellos no tiene la menor importancia. Sólo les interesa robar y

saquear, al precio que sea.

—Y a usted quisieron matarla...

—Quizá sólo pretendían llevarme a uno de sus mercados de esclavos.

Varga contempló a la joven de pies a cabeza.

—El peligro ha pasado ya y puedo permitirme decirle una cosa, Helena. Habrían pagado por usted un precio muy alto.

Ella se ruborizó.

—Pero no hubiera tenido la menor gracia —contestó—. Bien, ¿nos vamos?

—¿Y su astronave?

Helena hizo un gesto de indiferencia.

—Sólo necesito recoger algunos objetos personales —dijo—. Lo demás es, prácticamente, pura chatarra.

—Muy bien, en mi nave hay sitio de sobra. ¿La ayudo?

—Gracias, no es necesario.

Helena se alejó para volver a los pocos momentos con un maletín y una cartera portafolios de buen tamaño, que parecía atestada de documentos. Varga le tomó ambos objetos y luego le indicó la escalerilla de acceso a la astronave.

—Dentro de tres días estaremos ya en la Tierra —aseguró.



Unos ojos de pupilas amarillentas y contornos ligeramente triangulares habían estado contemplando a la pareja desde el otro lado de unos arbustos.

Vhroo-7 no se había perdido una sola sílaba de la conversación habida entre la pareja.

Apenas vio elevarse la astronave, corrió hacia el lugar donde había estado emplazada la rampa de cohetes. El espectáculo no tenía nada de agradable.

El suelo estaba calcinado y se veían numerosos árboles tronchados. Apenas si quedaban unos hierros retorcidos de la rampa.

En cuanto a los sirvientes, habían desaparecido, literalmente convertidos en vapor por el intensísimo calor provocado por la explosión. Vhroo-7 era el único superviviente.

Después de unos momentos de reflexión, Vhroo-7 dio media vuelta y trotó en dirección a un lugar cercano. Al llegar allí, vio su astronave tendida de costado, con parte de la estructura abollada o manchada de negro.

—La explosión —dedujo escuetamente.

Entró en el aparato. La radio hiperespacial se hallaba en buen estado, por fortuna.

Momentos después, hacía funcionar la radio:

—Aquí, Vhroo-7, de la astronave «Erm-5». Conteste, cuartel general seis. Es urgente.

Una voz respondió a los pocos momentos:

—Aquí, C. G.-6. Hable, Vhroo-7.

—Estoy en Rogos. Localizamos objetivo. Se protegió con cúpula de energía. No obstante, estábamos a punto de capturarla, cuando alguien intervino en su favor y mató a todos los miembros de la tripulación. Yo soy el único superviviente.

—¿Quién fue el que intervino, Vhroo-7?

—Por sus ropajes, deduzco que es un terrestre exterior. Ella es de Nueva Atenas, no cabe la menor duda.

—Y han escapado.

—Afirmativo, lamentablemente.

Hubo un momento de silencio.

Vhroo-7 esperaba pacientemente la decisión de sus superiores.

—Está bien —dijo la voz al cabo—. Siga en Rogos. Enviaremos patrulla de rescate con nuevas instrucciones.

—Enterado.

—Eso es todo, Vhroo-7.

El edmoriano cerró la comunicación.

—Tiempo perdido —suspiró.



Ayudado por unas gafas que, en realidad, no eran sino lupas de gran aumento, el doctor Arlid extrajo con unas pinzas algo del interior del desventrado cuerpo del robot que tenía sobre su mesa de trabajo.

—Ah —exclamó satisfecho—. Al fin he encontrado el fallo.

—¿Seguro, doctor? —preguntó su ayudante Marnins.

—No cabe la menor duda. En este circuito...

La puerta del laboratorio se abrió. Una hermosa mujer entró en la estancia.

—Otthan —llamó.

Arlid se volvió y sonrió, mientras contemplaba a la

mujer que avanzaba hacia él.

—Cada día estás más bella, Gyla —dijo.

Era, ciertamente, muy hermosa. Alta, de formas rotundas, cabellera rojiza y ojos verdosos, Gyla atraía las miradas de los hombres dondequiera que fuese. Incluso el ayudante Marnins la contempló codiciosamente, envidiando en su fuero interno la buena suerte de su jefe.

—Gracias, Otthan, pero no he venido a que me elogies —contestó Gyla—. He oído decir que un robot ha cometido dos asesinatos.

—Es cierto. Aquí lo tienes.

Gyla se acercó a la «mesa de operaciones».

—¿Conoces las causas?

—Ven —contestó Arlid, escuetamente.

Ella le siguió. Llevando las pinzas en alto, Arlid se acercó a una máquina adosada a una de las paredes del laboratorio y, semejante, en un principio, a un aparato de rayos X.

La máquina tenía una gran pantalla de vidrio deslustrado, de más de un metro de lado, al pie de la cual se veía un teclado parecido al de una máquina de escribir. En todas las teclas, sin embargo, no había letras, sino distintos signos y cifras.

Arlid tomó una diminuta caja de plástico, de unos dos centímetros de lado por uno de ancho y tres milímetros de grueso, en la que introdujo el objeto que sostenía con las pinzas. Cerró cuidadosamente la caja y la metió por una ranura situada al pie de la pantalla.

Luego se levantó las gafas de aumento y empezó a mover los dedos sobre el teclado. La pantalla se

iluminó a los pocos momentos.

Gyla se asombró al ver las imágenes que aparecían ante sus ojos.

—Pero, ¿cómo...?

—Ya lo ves —sonrió Arlid.

—Nunca lo hubiera creído, de no verlo con mis propios ojos.

—Muy bellos, por cierto —dijo Arlid galantemente.

—Sin embargo, el circuito está en orden.

—Efectivamente.

—Es un circuito de acción retardada. Veo ahí grabada una fecha que estamos aún bastante lejos de alcanzar.

—Es cierto, Gyla, pero al parecer ocurrió algo que envió a ese circuito una sobrecarga de tensión.

—Y el robot cometió los asesinatos.

—Justamente.

—¿Se sabe a qué es debida la sobrecarga, Otthan?

—Sí. Un simple desajuste en el conjunto de circuitos emocionales del robot. Tal vez un ligero golpe, ¿quién sabe?

—Por lo que veo, sólo un circuito fue afectado. ¿Lo has identificado?

—Ciertamente, Gyla. El circuito de la paciencia.

Ella lanzó una exclamación.

—¡El circuito de...!

Arlid sonreía.

—Naturalmente, lo que era paciencia se tornó impaciencia. Y esto elevó la tensión interna, afectando al circuito de la agresividad.

—Lo que produjo el estallido de violencia.

—Sí, prematuramente, por desgracia para dos tipos. Sin embargo, tuve la fortuna de oír la noticia por radio y corrí presuroso al lugar del crimen. El coronel Urry es buen amigo mío y me entregó el robot para, como dijo, «hacerle la autopsia».

Gyla estaba pensativa.

—Otthan, se me ocurre una idea —dijo.

—Sí, querida.

—El circuito de la agresividad entrará en funcionamiento algún día. ¿No habrá medio de anularlo más tarde?

Arlid se echó a reír.

—Cariño, ése es un asunto del cual no debes preocuparte en absoluto —contestó con suficiencia.

CAPÍTULO III

—El día se acerca —dijo T.L.O.N.-2.219.

—Está muy próximo —contestó B.A.R.D.-0010.

Los dos robots estaban sentados en sendos sillones, y frente a unas pantallas en las que aparecían distintas señales, que indicaban la marcha de las máquinas cuya producción vigilaban.

—Cada vez somos más —dijo Tlon.

—El número de adeptos aumenta de día en día —manifestó Bard.

—¿No sientes cierta impaciencia...?

—Ten calma, Tlon —aconsejó el otro robot—. No recargues innecesariamente tus circuitos.

—Es cierto. Para nosotros, los robots, el tiempo no existe.

—Somos eternos.

—No podemos morir.

—Viviremos eternamente, sólo sustituyendo de vez en cuando nuestras piezas desgastadas o recargando nuestra pila motriz.

—El día de la victoria llegará.

—Será un largo día, un día que no tendrá fin jamás.

—El largo día de los robots —exclamó Tlon, satisfecho.

Tlon y Bard callaron.

Continuaron trabajando.

Ocupaban sus puestos en la fábrica de robots, los puestos que un día habían ocupado los humanos.

Ellos, robots, construían más robots.

La raza mecánica que, en el futuro, poblaría la Tierra.

—Y, ¿quién sabe?, tal vez un día también todos los demás planetas habitados y habitables —dijo Tlon, expresando en voz alta sus «pensamientos» mecánicos.

—Todos los planetas —corroboró Bard.

* * *

—¡Ahí va, qué tipazo!

La exclamación había brotado de unos labios femeninos. A su pesar, Jan Varga no pudo por menos de volver la cabeza.

Una atractiva muchacha, cubierta sólo con lo indispensable, le miraba sonriendo. Varga sonrió también.

—Eres un chico encantador —dijo ella.

—Gracias, pero yo me veo muy corriente cuando me miro en el espejo —respondió Varga.

La chica se le acercó y tocó su brazo.

—Tienes unos músculos de hierro —dijo—. Y ese color de piel tostado, tan agradable...

—Hago vida al aire libre casi continuamente. Trabajo mucho y también hago ejercicios gimnásticos.

—¿Es posible? Aquí nadie hace esas cosas; se estiman anticuadas y... Perdona, no me he presentado. Soy Tona 7Arlom.

—Yo me llamo Jan Varga. 7Arlom significa la séptima rama de la familia Arlom, creo.

—Así es. En cambio, a ti no te he oído ninguna

cifra,

—En donde yo resido habitualmente, no usamos las cifras en el apellido, Tona.

—Entonces, eres terrestre exterior.

—Sí, efectivamente.

Tona chasqueó los dedos.

—Ya sé dónde he oído tu nombre —dijo—. Lo mencionaron hace días en un boletín de noticias. Tú eres el que salvó a la doctora 30tkos de los edmorianos.

—Pues, sí, pero ella no me dijo que tuviese ese grado.

—Es doctora en robótica, Jan.

—Una ciencia muy interesante, Tona.

—Según para quién —dijo la chica, haciendo un mohín de desdén—. A mí me gusta mucho más el arte.

—Cada cual tiene sus propios gustos, en efecto —admitió él, sonriendo.

—De modo que tú eres un T.E. ¿Qué tal se vive por... cuál es la cifra de tu planeta?

—Once. Yo procedo de Olyshoor-11.

—¿Es bonito aquello?

—Para mí, el mejor planeta del mundo, aparte de Tierra-1, claro.

—Y has venido a conocernos.

—Sí. Mis padres me hablaron tanto y durante tantos años de la Tierra, que, en cuanto tuve ocasión, emprendí el viaje.

—Te alabo el gusto, Jan —dijo Tona con franqueza—. Ven, tomaremos algo juntos.

—Será un placer —aseguró Varga, sonriendo.

Momentos después, se sentaban en la terraza de un café. Un robot, con figura femenina, se acercó a ellos.

—Dos del Sector Veinte, año dos mil seiscientos diez —pidió Tona. Se volvió hacia Varga—. Es uno de los mejores vinos —explicó.

—Lo probaremos, Tona.

La camarera mecánica se había alejado.

—Estoy asombrado —confesó Varga.

—¿Por qué, Jan?

—Los edificios... Son todos de estilo griego antiguo...

—Ah, sí, es la moda imperante. Y las costumbres también. Ya sabes que la Tierra se despobló casi completamente hace unos doscientos cincuenta años.

—En efecto. He leído la historia y sé que se produjo una mortandad, debido a un inexplicable envenenamiento de la atmósfera.

—Murieron miles de millones de personas. Algunos sobrevivieron y fue el núcleo de una nueva Humanidad. Entonces, se reunieron y acordaron un nuevo sistema de vida. Como los conocimientos científicos no se habían extinguido... bien, aquí nos tienes, Jan.

—Ya lo veo. En la Tierra se vive estupendamente.

—No trabajamos apenas, cada uno estudia lo que quiere o más le agrada... y las faenas más penosas son realizadas por robots.

—Los esclavos modernos de hoy día.

—Sí, justamente.

—Ventajas de la civilización, Jan. ¿No tenéis robots en tu planeta?

—Tan perfectos, no. Máquinas muy buenas, pero no desdeñamos el esfuerzo personal.

Tona volvió a mirarle con admiración.

—Así se ven ejemplares como tú —dijo.

Varga se echó a reír.

—Conseguirás que me ruborice —exclamó.

La camarera llegó en aquel momento.

—Ah, ya está aquí el vino —sonrió Tona.

Varga frunció el ceño.

—Tona, dime, ¿es costumbre traer una barra de metal cada vez que se pide una copa de vino? —preguntó.

Tona volvió los ojos hacia la camarera, que estaba poniendo las copas sobre la mesa. Un chillido se escapó de sus labios:

—¡Jan, quiere matamos!



La camarera dejó las copas y lanzó la bandeja a un lado. Luego agarró la barra y la blandió sobre su cabeza.

Varga saltó hacia ella y asió con ambas manos el brazo mecánico. Era un hombre robusto, de fuerza excepcional, pero, durante unos momentos, temió verse derrotado por aquella máquina con figura humana.

Durante unos instantes y ante los ojos desorbitados de Tona 7Arlom, los dos contendientes, él humano y la máquina, permanecieron en equilibrio, tratando cada uno de ellos de derrotar al otro. De súbito, Varga se

dio cuenta de que el brazo izquierdo del robot permanecía inmóvil.

«No razonan con lógica —se dijo—. Son máquinas, al fin y al cabo. Sus mecánicos instintos agresivos son insuficientes para que los centros motrices internos hagan actuar los circuitos de movimiento del brazo izquierdo.»

Toda la potencia del robot estaba concentrada en el brazo derecho. De repente, Varga dio un paso hacia atrás, simulando flaquear.

El robot perdió parcialmente el equilibrio. Varga agarró el brazo izquierdo, lo levantó primero y luego ejecutó una rapidísima torsión hacia atrás.

Se oyó un chasquido. Algo empezó a quemarse dentro del robot.

Pequeñas humaredas brotaron por sus fosas nasales, la boca y los oídos. El brillo de sus ojos artificiales se apagó.

Varga notó inmediatamente el cese de la tensión en el brazo derecho. Alargó una mano y se apoderó de la barra de metal sin la menor dificultad.

Luego soltó al robot. La máquina de figura humana se desplomó al suelo, con ruidos internos de rotura de delicadas piezas metálicas.

Sonaron varios gritos de alabanza. Tona saltó al cuello de Varga y le besó efusivamente.

—¡Eres un héroe! —elogió, entre beso y beso—. Nadie que no tuviera tu fuerza habría sido capaz de enfrentarse con un robot victoriosamente.

—Los robots son más fuertes que los humanos, ¿verdad? —preguntó él, sin dejar de contemplar la

inmóvil figura que yacía humeante en el suelo.

—¡Naturalmente! Se necesita mucha fuerza para que hagan trabajos rudos por nosotros, los humanos — contestó Tona.

—Ya —murmuró Varga—. Pero también tengo entendido que los robots llevan inserto, entre sus circuitos, el de la obediencia ciega a toda orden de un humano.

—Es cierto. Resulta extraño, Jan, no me explico por qué el robot te atacó. Sin duda, algún fallo en sus circuitos.

—Hace días, aquí mismo, otro robot mató a dos personas —dijo uno de los que habían presenciado la escena.

—Algo está fallando en los robots —manifestó otro de los presentes.

—Si esto sigue así —dijo un tercero—, habrá que solicitar del Gobierno que tome medidas enérgicas.

—Hasta ahora —murmuró Tona— los robots se habían mostrado siempre pacíficos y serviles. De pronto en poco tiempo, dos de ellos se vuelven agresivos y hostiles. ¿Por qué habrá ocurrido?

—El robot asesino del otro día fue trasladado al laboratorio del doctor Arlid —declaró alguien—. Es profesor de la Universidad de Robótica y uno de los mejores en su especialidad, pero todavía, que yo sepa, no se ha hecho público su informe.

Tona suspiró.

—Esa máquina me ha estropeado la tarde —se lamentó—. Jan, ¿quieres que vayamos a otra parte?

—Esperen a que venga la policía —aconsejó un

curioso—. Conviene que declaren lo que ha pasado.
Varga estimó como bueno el consejo.

CAPÍTULO V

Llamaron a la puerta. Varga estaba leyendo un libro y levantó la cabeza.

—¿Quién es? —preguntó.

—Abra, por favor. Soy Helena 30tkos.

El joven se levantó de inmediato. Cruzó la estancia y abrió.

—Discúlpeme, Helena —dijo sonriendo—. Me he vuelto terriblemente desconfiado.

—¿A consecuencia del ataque del robot? —preguntó ella.

—En buena parte, así es. ¿Quiere tomar algo?

—No, muchas gracias. Sólo he venido a hablar con usted.

Varga hizo un gesto con la mano.

—Estoy dispuesto, doctora —contestó.

Ella le miró sorprendida.

—¿Quién se lo ha dicho?

—Ayer, una chica encantadora, a quien conocí de manera casual. Ella recordaba la noticia de nuestro encuentro en Rogos.

—Comprendo. —Helena se sentó y cruzó las piernas—. ¿Conozco yo a esa joven?

—Quizá. Se llama Tona 7Arlom.

—El nombre de familia me suena, pero no caigo quién pueda ser ella. De todas formas, no importa.

—Sí, es cierto. ¿Por qué no me dijo usted que es doctora en robótica?

—No creo que fuese un detalle de relieve, Jan.

—Tampoco era un delito expresarlo, Helena. j
Ella vaciló un poco.

—Por el momento, me pareció mejor callarlo —
alegó

—Supongo que tendría sus razones para ello.

—Sí, en efecto —admitió Helena, pero no las
mencionó—. Jan, deseo pedirle una cosa.

—Lo que quiera. ¿De qué se trata?

—El incidente de ayer por la tarde. Cuéntemelo, se
lo ruego. Por favor, no omita ningún detalle.

Varga la miró fijamente.

—¿Lo cree necesario? —preguntó.

—Sí, Jan.

—¿Por qué?

Helena se removió inquieta en el asiento.

—Por favor, no me pida explicaciones —repuso.

—Helena, usted es doctora en robótica. Tal vez es
que yo no entiendo mucho de la vida en la Tierra,
pero, ¿por qué no pide que le dejen examinar el robot
que me atacó ayer?

—Lo he solicitado y me lo han negado.

—¿Le han dicho los motivos?

—Sí. El robot fue llevado al laboratorio del
profesor Arlid.

—Ayer escuché su nombre —dijo Varga—. Tengo
entendido que es un genio de la robótica.

—En otros sentidos también tiene su genio.

—¿Por ejemplo...?

—Es un hombre muy suspicaz. Ni siquiera me
atreví a pedirle que me dejara asistir al examen del
robot.

—Vamos, lo que se dice un tipo irritante y orgulloso.

—Bastante —reconoció Helena—. Repito, nadie sabe como él acerca de los robots, pero casi habría considerado una ofensa mi solicitud en tal sentido.

—Comprendo. Usted le conoce bien.

—Imagínese. Fui discípula suya durante cuatro años.

Varga sonrió.

—Una extraña afición la suya —dijo—. Tengo la impresión de que usted querría averiguar por qué un robot, hasta ayer pacífico y amable, se había vuelto hostil.

—Justamente —confirmó Helena—. Diríase como si alguien le hubiera insertado el circuito de la agresividad, ¡pero ese circuito no se ha elaborado jamás!

—Entonces, resígnese a que se haga público el informe del profesor Arlid.

—¡Qué remedio! —suspiró ella—. Y ahora, ¿me cuenta lo que pasó ayer?

—Con mucho gusto, Helena.

Varga estuvo hablando durante diez minutos, más o menos. Al terminar, ella se quedó muy pensativa.

—Jan —dijo de pronto—, ¿antes de la agresión, observó algo anormal en la conducta del robot?

—Antes de la agresión, no; «durante» la agresión —recalcó él.

—¿Qué es lo que observó?

—Sencillamente, cuando forcejeábamos, el robot no utilizó para nada su brazo izquierdo. Sus circuitos

de raciocinio mecánico no debían de tener impresa la orden de emplearlo en una circunstancia semejante y, por tanto, no emitieron la orden correspondiente a los circuitos de acción.

Helena le contempló admirada.

—Parece que entiende usted mucho de robótica —dijo,

Varga sonrió.

—Uno de los motivos de mi viaje a la Tierra, aparte de conocer este maravilloso planeta, es el de ampliar mis estudios de robótica, con el fin de emplearlos en las máquinas que empleamos en Olyshoor-11 —contestó.



Con el ceño fruncido, Otthan Arlid examinó en la pantalla el circuito culpable del desaguizado.

—Y van dos, en menos de tres semanas —dijo, irritado.

Gyla y el ayudante estaban a su lado.

—¿A qué obedece esa alteración en el circuito, Otthan? —preguntó ella.

—Es intencionada, completamente intencionada —afirmó Arlid.

—Pero ahí no se ve nada —adujo Marnins.

Arlid se quedó callado un momento.

—Ese circuito no ha entrado en funcionamiento porque sí —dijo al cabo—. Marnins, extraiga el circuito distribuidor sensorial y tráigalo.

—Sí, profesor.

El ayudante volvió a la mesa. Gyla se inclinó hacia Arlid.

—¿En qué piensas? —preguntó, viéndole preocupado.

—Yo tengo hechos unos planes —contestó él—. Sencillamente, no desearía que alguien me los alterase.

—¿Cómo, Otthan?

—Acaso poniéndolos en ejecución antes de tiempo... No sé, quiero ver ese circuito antes de darte una respuesta.

—En ese caso, esperemos.

Marnins vino minutos más tarde. El circuito solicitado fue introducido en la ranura y ampliado doscientas veces en la pantalla.

—¡Ahí está! —exclamó Arlid de pronto—. Fíjate, Gyla, y usted también, Marnins. ¿No ven algo que no corresponde en ese circuito?

—Sí, es cierto —concordó ella.

—Una fecha, anterior en una semana, a la que yo tengo fijada —declaró Arlid.

—Pero, ¿eso no puede ser! ¿Quién ha introducido ese dato en el circuito? —exclamó Gyla.

Arlid manipuló en otro de los controles del aparato. El circuito aumentó de tamaño cien veces más.

—Ahí está, a la derecha —señaló con el índice—. Fábrica Estatal de Robots número seis.

—«Tu» fábrica, Otthan —dijo Gyla, significativamente.



—Buenos días, señor —saludó la bella dependienta del almacén—. ¿En qué puedo servirle?

—Ustedes venden robots, tengo entendido, señorita —dijo Varga.

—En efecto, así es. ¿Tiene preferencias por alguna clase de robots?

—Deseo un sirviente personal, señorita.

—Soy Lysna 8Brod —dijo la chica—. El hecho de que yo esté aquí empleada no implica ningún tratamiento ceremonioso.

—Mi nombre es Jan Varga —se presentó él—. Encantado, Lysna.

—Ah, Varga, el joven que rescató a la doctora 30tkos.

—Parece que me he hecho muy popular en los últimos tiempos —sonrió Varga.

—Fue un hecho de cierto relieve, sobre todo, si se tiene en cuenta que tuvo que luchar con los edmorianos. Aquí no se les tiene mucha simpatía, pero venga, por favor.

Varga siguió a Lysna hasta el fondo de una vasta galería, en la que había alineados un par de centenares de robots, con figuras de ambos sexos.

El joven se estremeció. Los robots estaban en pie, rígidos, inmóviles, alineados en dos filas a lo largo de la galería. Parecía un túnel funerario.

—¿Qué prefiere: hombre o mujer? —preguntó Lysna.

—Es lo mismo... —Varga se corrigió rápidamente

—. Hombre, desde luego.

—Todos están garantizados —aseguró la vendedora—. Con cada robot se entrega un folleto de instrucciones, que es preciso seguir puntualmente o la garantía se anula. Por supuesto, son unas instrucciones muy sencillas.

—Sí, me lo figuro.

Lysna señaló un robot.

—¿Este, por ejemplo?

—No hay inconveniente. Como todos son dóciles, lo mismo me da uno que otro.

—Ah, eso va en gustos. Hay quien los prefiere con aspecto de viejo mayordomo inglés, de esos que sólo se ven en películas de época. Otros eligen doncellas pizpiretas y vivarachas... En fin, hay gente para todo y robots para todos los gustos.

—Me parece muy bien —sonrió Jan Varga—. ¿Qué precio tiene éste, Lysna? —consultó.

—Trescientos neomarcos. ¿Contado o crédito, Jan?

—Contado, por supuesto —dijo él, echando mano a su billetera.

Contó los billetes y los puso en la mano de Lysna. La vendedora le entregó un sobre con el recibo y la garantía de fábrica.

Su número es F.R.E.D.-3.939 —dijo Lysna—. Puede llamarle Fred, si gusta. Sus circuitos auditivos están acondicionados para obedecer cualquier orden al oír ese nombre.

—Entiendo. ¿Puedo llevármelo ya?

—No tiene más que ordenárselo, Jan —contestó ella, sonriendo.

—De acuerdo. ¿Vamos, Fred?

—Sí, señor —contestó el robot con su voz mecánica e impersonal.

A punto de salir, Varga se volvió hacia la vendedora:

—Lysna, ¿me permite hacerle una observación? —consultó.

—Por supuesto, Jan.

—Dígame una cosa. Para vender un robot, cosa nada complicada, a lo que parece, ¿es necesario que se emplee a un humano en la tarea?

—¿Y qué se cree que soy yo, Jan? —contestó.

CAPÍTULO VI

—El día se acerca —dijo T.L.O.N.-2.219.

—Está muy próximo —contestó B.A.R.D.-0010.

—El mundo será nuestro muy pronto.

—Los robots estarán arriba y los humanos abajo.

—Y nos obedecerán.

—Y serán nuestros esclavos.

—Pero, mientras tanto, tengamos paciencia.

—Sí, tengamos paciencia y continuemos trabajando.

—Hay una persona que quiere utilizarnos para sus fines particulares.

—Dejémosle que crea que seguimos sus planes. Cuando llegue el momento, se llevará una gran sorpresa.

«Con que me llevaré una gran sorpresa», pensó Arlid.

Estaba a dos pasos de los robots, escondido tras un gran mueble metálico, contemplando su tarea de inserción de circuitos en determinadas piezas de las que componían la maquinaria de un robot. Era un trabajo delicadísimo y sólo se podía confiar a robots de alta perfección técnica.

Arlid sacó algo del bolsillo. Era una especie de punzón delgado y largo, de sección cuadrada, terminado en dos puntas, separadas entre sí por un espacio de dos milímetros. El punzón tenía un mango aislante de relativo grosor.

Sin hacer el menor ruido, pues conocía la

maravillosa sensibilidad de los circuitos auditivos de los robots, Arlid se acercó a las máquinas por detrás. De pronto, descargó el golpe.

Estaba bien calculado, dirigido a la articulación del cuello mecánico. El punzón de dos puntas penetró profundamente y tocó unos cables eléctricos.

Inmediatamente, se produjo el cortocircuito. Bard se estremeció un poco y se quedó inmóvil, despidiendo un poco de un humo por los orificios del cráneo.

Arlid repitió el golpe. Tlon se paralizó igualmente en el acto.

—Es una lástima que no seáis seres humanos —masculló Arlid, irritadamente.

Luego se acercó a la mesa de control y tomó un micrófono.

—Habla el profesor Arlid. ¿Encargado?

—Sí, señor —contestó alguien—. Soy el encargado Orm. ¿Le sucede algo, profesor?

—Hay dos robots averiados en la sección A-03 —dijo Arlid—. Ignoro las causas, pero desearía conocerlas.

—Usted manda, profesor. ¿Qué es lo que debemos hacer?

—Estos días ando con algo de exceso de trabajo y me disgustaría tener que hacer viajes al laboratorio de la fábrica. ¿Puede enviármelos a mi laboratorio particular? Así iré examinándolos en mis ratos libres...

—Nada más fácil, profesor. Hoy mismo se los enviaremos.

—Procure embalarlos bien, para que no sufran golpes innecesarios, que podrían, tal vez, alterar mis

observaciones.

—Lo tendremos en cuenta, profesor. ¿Algo más?

—Sí. Las cifras de los robots. Son T.L.O.N.-2.219 y B.A.R.D.-0010.

* * *

Varga oyó el timbre de la puerta y abandonó el trabajo que tenía entre manos. Al abrir, vio de nuevo a Helena en el umbral.

—¿Estorbo? —preguntó ella.

—Por favor.

Varga se apartó a un lado para que entrase la muchacha. Helena vio entonces algo que le hizo lanzar una exclamación de sorpresa.

—Jan, ¿qué está haciendo ahí?

—Ya lo ve —sonrió él—, viéndole las tripas mecánicas a un robot que compré ayer.

—No lo entiendo. ¿Por qué lo hace?

Varga se dirigió a un aparador. Llenó dos copas y regresó junto a la muchacha, entregándole una.

—Antiguamente, y aún hoy día, los médicos necesitan todavía de cuerpos humanos para sus investigaciones —explicó—. Lo mismo me sucede a mí, sólo que, como investigo en robótica, empleo un robot.

—Es completamente nuevo —dijo Helena.

—Sólo tiene veinticuatro horas en mi poder.

Helena se acercó a la mesa sobre la cual descansaba el robot, del que faltaban las placas pectorales y ventrales.

—¿Ha encontrado algo de interés? —preguntó.

—Todavía no. El comprobador de circuitos no señala nada anormal por ahora.

—¡Hum! —dijo Helena—. ¿Qué clase de comprobador es?

Varga le enseñó una caja que tenía situada sobre un taburete y de la que partían varios cables de distintos colores, insertados en distintos puntos de la maquinaria del robot.

—Aquí lo tiene —señaló.

—Es un comprobador Weld-Tzanus, algo antiguo ya. Muchas fallas se le pasarán por alto, Jan —aseguró ella.

Varga se desconcertó.

—Yo creí que serviría...

Helena sonrió.

—En un principio, el instrumental médico también servía, pero era muy primitivo con el que se emplea ahora —dijo—. Lo mismo sucede con el comprobador Weld-Tzanus.

—Bueno, quizá podría indicarme usted la forma de adquirir otro mejor —rogó Varga.

—Sí, pero le costaría bastante instalarlo. Además, es de manejo bastante complicado.

—Eso quiere decir que duda de que yo sepa utilizarlo.

—No se moleste, Jan, pero así es.

—Bueno, ¿dónde podría encontrar yo ese comprobador tan perfecto?

—¿Puedo hacerle una sugerencia?

—Hágala —invitó él.

—El robot está prácticamente intacto...

—No le he desmontado un solo circuito —dijo Varga—. Sólo tiene desconectada la pila motriz.

—Entonces, póngale las placas del pecho y el vientre, conéctele la pila y ordénele que se vista. Luego iremos a mi laboratorio particular.

—Ah, tiene usted laboratorio particular.

—Sí. —Helena sonrió—. Los robots «enferman» a veces y, si se ha pasado el plazo de garantía, yo los reviso y los reparo. O, simplemente, digo al dueño que lo envíe a la fundición de chatarra.

—Entonces, el calificativo de doctor en robótica está más que justificado.

Varga empezó a trabajar. Mientras colocaba las placas otra vez en su sitio, dijo:

—¿Sabe?, ayer me llevé un chasco mayúsculo.

—¿Qué le ocurrió, Jan? —preguntó Helena.

—La vendedora de robots. Resultó ser también un robot. Y yo que me había llegado a creer que Lysna era una encantadora muchacha...

—¿Cómo ha dicho, Jan? —le interrumpió ella.

—Lysna —repitió Varga—. El robot dijo que se llamaba Lysna 8Brod.

—¡Qué raro! —murmuró Helena, pensativamente—. Es la primera vez que oigo un nombre de robot con cinco letras y un apellido de familia.

—Debe de ser una nueva «raza» de robots —exclamó Varga, sonriendo alegremente.

Ella seguía preocupada.

—Lysna debería de ser L.Y.S.N.A.... pero, ¿por qué darle el apellido 8Brod? —dijo, como si hablara

consigo misma.



La noche había cerrado ya. Vhroo-7 y los dos hombres que le acompañaban se acercaron a la puerta de la casa.

Otro individuo, de indiscutibles rasgos edmorianos, salió a su encuentro.

—La chica está ahí —dijo, señalando hacia la casa con el pulgar.

—¿Sola? —preguntó Vhroo-7.

—No, hay un tipo con ella. Un sujeto alto, muy fuerte...

—¡Maldición! —juró Vhroo-7—. ¡Es el mismo que la rescató en Rogos!

Nduy-2 echó a andar inmediatamente en dirección opuesta.

—¡Eh, tú! ¿Adónde vas? —llamó Vhroo-7.

—Adiós a los tres —dijo Nduy-2—. Si el tipo que está con la doctora 30tkos es el mismo que la rescató en Rogos, entonces es también el mismo que el otro día venció a un robot en lucha a brazo partido.

—¿Es cierto eso? —preguntó Gjje-5, asombrado.

—Yo estaba allí y lo vi —afirmó Nduy-2.

—¡Diablos, entonces es un sujeto de fuerzas descomunales!

—Claro, ¿por qué te crees que me largo yo de aquí?

—¡Aguarda, Nduy-2! —dijo Vhroo-7 imperativamente.

—¿Qué quieres? —preguntó el interpelado.

—Estás cumpliendo una misión oficial. No puedes desertar o tendrás que atenerte a las consecuencias a tu regreso a Edmor.

Nduy-2 juró entre dientes. Su jefe tenía razón.

—Ese tipo me da pánico —contestó.

—Es la primera vez que oigo a un edmoriano confesar que tiene miedo —dijo Vhroo-7 sarcásticamente.

—Vosotros erais una dotación completa de astronave y él os destruyó con toda facilidad. Si añadimos la paliza que le propinó al robot, comprenderás que no es como para sentirse inflamado de valor.

—Pero somos cuatro —alegó Vhroo-7.

—Quien vence a un robot, igual se cargará a cuatro hombres —insistió Nduy-2.

—En eso tiene razón él —terció Ckao-9—. Es que la papeleta que nos han largado no tiene nada de agradable, tú mismo tienes que reconocerlo, Vhroo-7.

El aludido rezongó algo entre dientes.

—Sí, pero tenemos que cumplir la misión, cueste lo que cueste. Edmor —declamó campanudamente—, así lo exige.

—Lo exige, lo exige —refunfuñó Nduy-2—. Pero los jefazos no vienen a arriesgar el pellejo —se quejó, pues desde que estaba en la Tierra sus ideas políticas habían evolucionado bastante.

—¿Eres patriota o no? —le preguntó Vhroo-7.

—Hombre, qué cosas tienes...

—Entonces, no hables más y cierra de una vez ese

maldito pico o lo haré yo, y no con buenos modales.

Ckao-9 intervino de pronto.

—Parece que tardan mucho en salir —observó.

—Es verdad —convino Gjie-5—. ¿Qué diablos les pasará?

Ckao-9 era más resuelto.

—Entraré en la casa a ver qué ocurre —dijo.

Momentos después salía echando venablos por la boca.

—Nosotros aquí, discutiendo como imbéciles y, mientras tanto, ellos, tan tranquilos, se han ido por la puerta trasera —anunció sensacionalmente.

CAPÍTULO VII

El profesor Arlid se quedó atónito al observar el resultado de su exploración en la pantalla.

—Rayos, esto sí que es extraño —dijo.

—¿Qué sucede? —preguntó Gyla.

—Mira. Las cifras de los robots complicados están incompletas.

—¿Cómo? —exclamó la hermosa mujer.

—Ahí lo tienes. Sólo aparecen en pantalla la parte de cifra correspondiente a los grupos de letras. Pero no los guarismos.

—¿Se habrán producido deficiencias en la grabación!

—No lo creo. Bard y Tlon eran dos robots del penúltimo modelo, de una perfección tal, que el fallo sólo se podría producir en el porcentaje de uno por diez millones.

—Una diezmillonésima parte.

—Sí.

—Entonces, si no es fallo, ¿qué es?

Arlid dudó un momento.

—Este circuito de memoria corresponde a Bard —contestó al cabo—. Voy a examinar el correspondiente a Tlon.

—Yo mismo se lo traeré, profesor —se ofreció Marnins.

El ayudante trabajó durante algunos minutos. Luego regresó junto al comprobador de circuitos.

Arlid ejecutó las operaciones correspondientes. El

circuito de memoria apareció por fin en la pantalla, ampliado a doscientas cincuenta veces su tamaño natural.

—¡Está «limpio»! —rugió.

—¿Qué? ¡Eso no es posible! —dijo Gyla.

—Míralo tú misma; se ve con toda claridad.

Gyla se sintió preocupada.

—Pero eso no es posible —alegó—. En ese circuito tendría que estar la otra mitad de la cifra de identificación de los robots complicados con estos dos.

—Quizá haya una explicación para este enigma —sugirió Mornins.

Arlid y Gyla se volvieron hacia él.

—¿Cuál es, por favor? —preguntó el profesor.

—¿Cuál de los dos robots paralizó usted primero? —preguntó Mornins.

—Bard, lo tenía más cerca...

—Entonces, ya no cabe duda. Tlon advirtió el ataque y su circuito de defensa entró en acción instantáneamente. Usted fue mucho más rápido que él, pero no pudo evitar que el cerebro mecánico de Tlon elaborase una orden, que fue enviada inmediatamente a este circuito de memoria. En consecuencia, todos los datos almacenados en el mismo fueron borrados de un modo instantáneo.

Arlid se quedó con la boca abierta.

—¡Rayos! ¿Será posible...?

—Sí, profesor —confirmó Marnins—. Es muy simple. Tlon se dio cuenta de que estaba perdido, pero en una fracción de segundo decidió salvar a sus congéneres, si es que se puede aplicar esta palabra a

un robot. En consecuencia, borró del circuito de la memoria la serie de guarismos que completan la identificación de todo robot.

—Y eso indica, además, otra cosa —agregó Gyla—. Indica, sencillamente, que los robots se están autoperfeccionando o no habrían ideado este plan de defensa de su secreto. Era una eventualidad muy remota, pero supieron tenerla en cuenta. ¿Te imaginas lo que esto supone?

Arlid estaba abrumado.

—Hay... hay, según el circuito de memoria de Bard, unos veintidós mil robots complicados en la conspiración —dijo, a punto de desmayarse.

—Veintidós mil robots, sí —concordó ella—, pero es una cifra muy aproximada al número de datos que puede contener un circuito de esas características. Por tanto, no resulta aventurado suponer que hay por ahí otros Bard y otros Tlon con unas listas semejantes grabadas en sus circuitos, con lo que el número de robots presuntamente rebeldes puede alcanzar cifras aterradoras.

—Me gustaría saber quiénes son esos otros robots —dijo Marnins.

Pero era una curiosidad que ninguno de los presentes podía satisfacer.



Varga estaba admirado.

—Nunca había visto un comprobador semejante —dijo.

Helena sonrió.

—Es el «último grito» en comprobadores de circuitos —contestó—. ¿Tiene ahí el de tensión mínima?

—Sí, tome —contestó él.

Helena situó el circuito en posición de examen. Al cabo de unos segundos lanzó una exclamación.

—¿Qué sucede? —preguntó Varga.

—Mire, Jan. Ese circuito de tensión mínima ha sido modificado.

—Sí, es cierto —convino él—. Tiene un amperaje muy superior al normal. Pero, ¿por qué?

—No lo entiendo. El bajo amperaje de un circuito de tensión mínima es algo obvio —contestó Helena—. Tiene que ser así, a fin de evitar reacciones desagradables de un robot.

—Reacción desagradable quiere decir, por ejemplo, agresiva.

—Sí. Eso elevaría inmediatamente la tensión interna y el circuito de tensión mínima saltaría en el acto, desconectando la pila motriz instantáneamente.

—Pero en el caso de Fred no es así. Por lo que veo, su amperaje puede resistir perfectamente la elevación de tensión que causaría en sus circuitos la idea de agredir a un ser humano.

—Es una lástima —suspiró Helena—. El robot que quiso atacarle está ahora en el laboratorio del profesor Arlid y... cualquiera le pide un favor a ese tipo.

—Helena, no le dé usted más vueltas —dijo Varga— Ese circuito no ha sido construido con mayor amperaje sólo por error. Se podría pensar así, de no

haber sucedido ya algunos incidentes con robots que han atacado a seres humanos.

—¿Qué es lo que trata de decirme, Jan?

—Antes de contestarle a esa pregunta, ¿por qué no examinamos minuciosamente todos los demás circuitos?

—No será labor sencilla —contestó Helena—. Más que nada, emplearemos mucho tiempo.

—¿Tenemos prisa? —sonrió él.

Helena consultó la hora.

—Hoy ya es un poco tarde —alegó—. ¿Por qué no iniciamos la labor mañana por la mañana?

—Ah, muy bien, no hay inconveniente. ¿A las nueve?

—De acuerdo.

Helena le tendió la mano.

—No sabe cuánto me alegro de haberle conocido, Jan —dijo.

Varga sonrió.

—El placer es mutuo —aseguró.

Salió a la calle y caminó a largas zancadas, desdeñando las aceras deslizantes. Respiró a pleno pulmón; la noche era clara y limpia.

Había todavía mucha gente por las calles de Nueva Atenas. De repente, Varga se encontró con una persona conocida.

—¡Jan! —exclamó Tona.

Varga la miró sonriente.

—Tona 7Arlom —dijo.

—La misma —contestó ella, colgándose de su brazo—. ¿Adónde vas?

—Pues... a estas horas, ¿adónde quieres que vaya un hombre soltero?

—Soltero significa solo —dijo ella—. ¿No tienes a nadie aquí?

—Bueno, conozco a la doctora...

—Deja que la doctora se enmohezca el cerebro con sus circuitos robóticos —dijo Tona alegremente—. ¿Por qué no vienes a mi casa a tomar una copa de vino? Allí no habrá peligro de que nos ataque una camarera.

Varga miró a la muchacha. Era hermosa y desenvuelta, de cuerpo bien constituido y dientes blanquísimos en una boca reidora. Sus ojos oscuros despedían un brillo singular.

—Acepto —dijo.

—Ven, mi casa no está lejos —indicó Tona.

—¿Vives sola?

—Ya he cumplido los veinte años hace... bueno, no importa cuántos. A los veinte años, una persona tiene derecho a que le concedan una residencia particular. A fin de cuentas, pago mis impuestos.

—Ah, pero, ¿trabajas?

—Pinto —contestó la chica—. No tengo ideas fijas; pinto lo que se me ocurre y vendo mis obras por lo que quieren darme. De todas formas, no pago más impuestos que los que corresponden a mis ingresos y, aunque no gane mucho, tampoco me afano en atestar el arca de dinero. Ah, aquí está mi casa.

Era una vivienda semejante a la de Helena, de una sola planta y con un pequeño jardincito alrededor, aunque, quizá, algo más pequeña. Tona abrió y las

luces se encendieron automáticamente.

—Siéntate por ahí —dijo—. Voy a cambiarme de ropa y en seguida te serviré el vino.

—Muy bien, Tona.

La muchacha se metió en el interior de la casa. Varga examinó con curiosidad los cuadros que había pintados en aquella sala, que era a la vez estudio.

Tona vino minutos más tarde, con el pelo suelto hasta la cintura. Vestía una especie de túnica semitransparente, cerrada de cuello, con mangas muy amplias y cuyo borde inferior llegaba a sus tobillos.

—Así se está más cómoda —dijo, sonriendo, mientras llenaba las copas.

—Pero no es la indumentaria adecuada para pintar —sonrió Varga.

—No, claro que no.

Tona se sentó a su lado y le entregó una copa.

—Salud, vencedor de robots —dijo.

—No me lo recuerdes —sonrió él—. Salud, muchacha hermosa.

Ella se esponjó.

—¿De veras me encuentras guapa, Jan?

—Muy guapa —confirmó él—. Sin embargo...

—Sin embargo, ¿qué?

—Verás, Tona, ayer compré un robot sirviente.

—Yo también poseo uno. Pero sólo lo empleo para las labores estrictamente domésticas. No lo iba a llamar para que nos sirviera el vino, claro.

—Sí, comprendo. Tona, lo que yo quería decirte es que me atendió una vendedora muy bonita.

Ella soltó una alegre carcajada.

—Ah, cómo te gustan las mujeres de la Tierra — exclamó.

—Es que la vendedora no era humana.

—Un robot.

—Sí.

Tona dejó de sonreír. Alargó el brazo y depositó la copa sobre una mesita cercana.

Luego enroscó sus brazos en torno al cuello de Varga y acercó los labios a su boca.

—¿Por qué no compruebas si yo también soy un robot?

—¿Y qué pasará si resultas ser un humano... femenino?

Ella sonreía enigmáticamente.

—Compruébalo —insistió.

CAPÍTULO VIII

Gjie-5 hizo un gesto con la mano y tres hombres se acercaron a la casa.

—Están aquí —dijo.

—¿Seguro? —preguntó Vhroo-7.

—Segurísimo. Él es un hombre imposible de olvidar una vez que se le ha visto.

—Y está con una mujer.

—Una mujer estupenda —dijo Gjie-5, poniendo los ojos en blanco.

—Estupenda o no, eso es lo de menos. Ahora tenemos que atraparla y no podemos fallar, ¿estamos?

Tres cabezas se movieron simultáneamente. Vhroo-7 dio una orden.

—Nduy-2, cubre la puerta posterior —dijo—. No podemos incurrir por segunda vez en el mismo error.

—O.K., jefe.

—¿Qué? —exclamó Vhroo-7, extrañado.

—Lo dicen aquí, como frase de aprobación.

—¡Ah! Bueno, vamos. Vosotros dos, Gjie-5 y Ckao-9, ya sabéis lo que se debe hacer.

—Descuida —contestó el primero.

—A la orden, señor —dijo el otro. Y añadió—: También lo dicen aquí.

Vhroo-7 se pasó una mano por la cara.

—El día que me vea de nuevo en Edmor, creeré que estoy soñando —masculló—. Bueno, andando de una vez.

Los tres hombres se acercaron a la puerta. Vhroo-7

introdujo en la cerradura un alambre y manipuló en ella.

Sus compinches aguardaban pacientemente. Al cabo de unos segundos, Vhroo-7 lanzó una maldición.

—No funciona —dijo.

—A ver, déjame a mí —pidió Ckao-9.

Vhroo-7 le entregó la llave, pero Ckao-9 no anduvo listo y se cayó al suelo. Los dos hombres, instintivamente, se agacharon al mismo tiempo, con el resultado de que sus cabezas entraron en contacto de una manera violenta.

Ckao-9 se puso a jurar y Vhroo-7 no le anduvo a la zaga. El otro se partía de risa, contemplando la escena.

Nduy-2 apareció de pronto, terriblemente enojado.

—Pero, ¿es que no podéis actuar en silencio? ¡Estáis armando un escándalo que puede oírse en mil metros a la redonda!

—¿Nos habrán oído la doctora y Varga? —dijo Ckao-9, aprensivo.

—¡Qué van a oír! —contestó Nduy-2, despectivo—. No oirían ni la explosión de un cohete en el dormitorio donde están ahora.

Vhroo-7 se había puesto en pie.

—Esta puerta no se puede abrir —se lamentó.

—Probemos la de atrás —sugirió Gjje-5.

—Está bien, vamos allí. Nduy-2, quédate aquí.

—De acuerdo —se resignó el aludido.

Vhroo-7 había recuperado su llave. Fue a la puerta posterior y manipuló en la cerradura.

—Tampoco —dijo, al cabo de unos momentos de intensas probaturas.

—A ver, déjame a mí —pidió Gjie-5.

Se agachó un poco. De pronto, se enderezó.

—Y este hombre es el que nos han designado como jefe para la misión —gruñó, despectivamente.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Vhroo-7.

—La puerta está abierta, imbécil.

Ckao-9 soltó una risita.

—Calla, idiota —le apostrofó Vhroo-7 terriblemente malhumorado. Empujó la puerta y se volvió hacia los otros—. No hagáis ruido, ¿estamos?

Avanzaron de puntillas en la oscuridad y en fila india. Vhroo-7 abrió otra puerta y vio una sala brillantemente iluminada.

—Pues aquí no están —dijo, desconcertado.

Empujó la puerta del todo y algo cayó al suelo con gran estrépito. Era un caballete con un cuadro, situado descuidadamente en aquel lugar.

—Ladrones —dijo Varga en la habitación contigua.

Tona lanzó un chillido.

—¡Imposible!

Pero Varga se lanzaba ya hacia el estudio. Abrió la puerta y divisó a tres hombres que parecían atónitos por la sorpresa.

—¿Qué hacen aquí? —preguntó.

Vhroo-7 dio una orden.

—¡A por la doctora, rápido! —gritó—. ¡Yo me encargo de este tipo!

Y sacó algo parecido a una pistola, pero un tremendo manotazo de Varga la hizo volar por los aires.

Mientras tanto, los otros dos habían irrumpido en

el dormitorio. Tona chilló.

—Carga con ella y sal por la ventana —gritó Gjie-5 a su compañero.

Acto seguido, se volvió hacia Varga, el cual peleaba a brazo partido con Vhroo-7.

Nduy-2 oyó el jaleo y corrió a unirse a sus compañeros, entrando en la casa justo cuando su jefe volaba por los aires a consecuencia de un terrorífico golpe propinado por Varga.

Gjie-5 saltó por detrás contra el joven. Varga se inclinó, agarró a su atacante por la nuca y lo hizo dar una tremenda voltereta en el aire.

Nduy-2 se lanzó al ataque. Varga lo recibió levantando el codo izquierdo. El edmoriano se tambaleó.

Gjie-5 se levantó y atacó de nuevo a Varga. El joven lo agarró por la cintura, levantándolo sobre su cabeza, y luego lo proyectó hacia adelante con todas sus fuerzas.

El edmoriano atravesó la ventana, con gran estrépito de vidrios rotos. Afuera, en la parte posterior, se oyó un grito:

—Vamos, chicos, la presa ya está segura.

Tona estaba sobre el hombro de Ckao-9 y pataleaba y forcejeaba sin cesar.

—Suélteme, suélteme...

—Quieta, doctora; no pretendemos hacerle ningún daño, a menos que nos obligue a ello.

—¿Doctora? ¡Yo no soy doctora ni cosa que se le parezca!

Ckao-9 se quedó estupefacto.

—¿Es cierto eso?

—¡Pues claro que sí, pedazo de tonto! Yo me llamo Tona 7Arlom... ¡y suéltame ya de una vez!

Tona acompañó la petición con el pulgar derecho, que se introdujo en un ojo de Ckao-9. El edmoriano empezó a chillar y a dar saltos, desentendiéndose por completo de la chica, que, tras rodar por el suelo, se levantó y regresó a la casa a todo correr.

—¡Qué frescura! —se escandalizó—. Intentar raptarme.

Cuando iba a entrar, salían Vhroo-7 y los otros. Casi la atropellaron en su ansia por escapar de los duros puños de Varga.

—¡Aquí está la doctora! —gritó Gjje-5.

—¡Esa qué va a ser la doctora! —tronó su jefe—. ¡Otra vez te has equivocado, animal!

Y siguió corriendo.

Los otros no se quedaron a la zaga. En pocos instantes, se perdieron de vista.

Varga se precipitó ansioso al encuentro de la chica.

—¿Estás bien? —preguntó.

—No me ha pasado nada, salvo el susto —respondió Tona, pasándose una mano por el pelo revuelto—. Pero, ¿por qué tenían que confundirme con una doctora, Jan?

El joven se quedó atónito.

—¿Estás segura, Tona?

—¡Ya lo creo! Lo oí con toda claridad. El tipo que me llevaba sobre sus hombros me dijo que me estuviese quieta y añadió «doctora».

—Te confundieron con otra, es indudable.

—No sé quién pueda ser...

—Yo sí, pero será mejor que entremos dentro. Aquí no estamos bien, Tona.

Ella bajó la vista y contempló su más que escaso atavío.

Una encantadora sonrisa se formó en sus labios.

—Cierto, afuera no estamos bien —concordó, colgándose del brazo de Varga.



Los objetivos de color azul que eran las pupilas artificiales de Lysna emitieron un brillo especial al reconocer a la persona que entraba en el almacén.

—¿Cómo estás, Jan? —saludó afablemente—. ¿Puedo servirte en algo? ¿Vienes a hacerme una reclamación acerca de Fred?

—Oh, no, en absoluto; Fred funciona muy bien —sonrió Varga—. Sólo quería conversar un poco contigo. Es decir, si tu labor te lo permite.

—Por supuesto —accedió Lysna—. El mercado de robots anda un poco saturado y las ventas escasean en los últimos tiempos.

—¿Recesión?

—Quizá, pero acaso se debe a un ligero error en las estadísticas.

—¿Qué estadísticas, Lysna?

—La producción de robots debe ir acompasada con el crecimiento demográfico de la población. Si éste, por ejemplo, es inferior en una décima por ciento a lo calculado y la producción de robots continúa siendo la

misma, entonces quedan robots sin vender porque no hay personas bastantes para comprarlos.

—Entiendo, aunque eso se podría arreglar con la exportación, ¿no crees?

—Ese es un asunto de gobierno, en el cual yo no entro ni salgo. Mi labor consiste en vender robots y atender reclamaciones de los que han salido de esta tienda; eso es todo, Jan.

—Comprendo, Lysna.

—Pero si has venido a charlar conmigo, ¿por qué no lo hacemos en mi despacho? Estaremos más cómodos y, si viene alguien, ya lo atenderé.

—De acuerdo.

Lysna le condujo a una habitación interior, sobriamente amueblada, y se sentó con desenvoltura en un sillón, indicando otro a su visitante.

—Cuando gustes, Jan —invitó.

A Varga le parecía mentira que aquella encantadora joven que tenía frente a sí fuese una máquina. Incluso respiraba, mejor dicho, su pecho subía y bajaba acompasadamente, con movimientos que imitaban los auténticos a la perfección.

—Lysna, si tú no me lo dices el otro día, yo no hubiera adivinado que eras un robot —manifestó.

Ella rió suavemente.

—Sí, me han construido muy bien. Cada vez mejoran las técnicas de la fabricación de robots.

—Pero todos los que yo conozco tienen sólo cuatro letras en su cifra de identificación— alegó él—. Encuentro un poco raro que tú uses cinco letras, que, pronunciadas seguidamente, componen tu nombre.

—Es que pertenezco a la última serie, Jan —
explicó ella.

—¿La serie rebelde?

Lysna desconectó el circuito de la sonrisa y se puso
seria.

CAPÍTULO IX

—No entiendo lo que quieres decir —manifestó el robot.

—Tampoco yo me he explicado bien. Quizá resultase más correcto decir la serie dirigente de los robots.

—Estamos para servirlos a vosotros, los humemos, no para haceros daño —declaró Lysna.

—En teoría es así, pero, ¿sabes cuál es uno de los resultados que ha dado el examen interno de Fred?

—¿Por qué no me lo dices tú mismo, Jan?

—Con mucho gusto, Lysna. En todo robot, en sus circuitos, se ha grabado la orden de obedecer y respetar a los humanos y no causarles el menor daño. Puede ocurrir, por una circunstancia imprevista, que algún circuito se altere y envíe una carga de agresividad al cerebro directriz del robot, haciéndole olvidar esa orden primordial. Pero ello entrañaría una elevación anormal de la tensión y para ello se intercaló un circuito de tensión mínima, un fusible, hablando en términos corrientes, que, al saltar, paralizaría instantáneamente al robot y evitaría así que dañase a los humanos.

—Hasta ahora, todo lo que has dicho es correcto. Sigue, Jan.

—Bien, he examinado el circuito de tensión mínima de Fred y está construido para resistir una tensión muy superior a la programada.

—Un error de fabricación...

—¿Después de los incidentes ocurridos? Vamos, Lysna, no trates de hacerme comulgar con ruedas de molino.

—En todo caso, yo no soy responsable. Simplemente, tú lo sabes bien, soy una vendedora. Presenta una reclamación y...

—No me interesa la reclamación, Lysna. Me interesa más otra cosa —declaró Varga.

—¿Cuál, si se puede saber?

Varga sacó unos billetes y los contó.

—Quiero comprar otro robot —dijo.

—Lo siento, no puede ser.

Varga miró fijamente a la máquina.

—¿Por qué no? —inquirió.

—Ya tienes uno. Funciona, ¿no es así?

—Quiero tener otro. Deseo tener dos sirvientes.

—Está prohibido por la ley.

—Muy bien. —Varga guardó el dinero—. Iré a otra tienda.

—No te lo venderán, Jan.

—¿Cómo lo sabes?

—Te pedirán la tarjeta de posesión de un robot o, en su caso, la de inutilización del que ya tenías.

Varga entrecerró los ojos.

—Tú no me exigiste esos requisitos —alegó.

—Te reconocí en seguida y, sabiendo quién eras, deduje que no tenías ningún robot. Pero ahora la nota de tu compra ha sido enviada ya a todos los almacenes.

—Lysna, mentir es hacer daño y tú, un robot, no puedes dañar a los humanos. ¿Te construyeron con

circuito de mentira?

Los objetivos oculares de la máquina chispearon.

—¿Por qué me insultas, Jan?

—Pertenece a una nueva raza de robots. ¿Quién y dónde os fabrica?

—Te aprovechas de tu condición de humano para insultarme. ..

—¡Eres una máquina y los insultos no te afectan! ¿O también tienes circuito del orgullo?

Lysna se puso en pie.

—Basta, ya hemos hablado suficiente —dijo.

—Aguarda, no tan de prisa. Sigues siendo una máquina y me debes obediencia, no lo olvides.

—¿Ah, sí? —sonrió la robot—. ¿Y qué orden es la que me vas a dar?

—Una muy simple: Sígueme, Lysna.

Hubo un momento de silencio. Varga y el robot se contemplaron mutuamente.

De pronto, Varga se sintió cogido por los brazos.

—¿Qué...?

Sin hacer el menor ruido, dos robots de fornida apariencia masculina habían entrado en el despacho. Varga intentó soltarse, pero los robots soportaron perfectamente sus esfuerzos.

—No lo conseguirás —dijo Lysna, avanzando lentamente hacia él—. Gracias por haber acudido a mi llamada, muchachos —se dirigió a los robots.

Una mano mecánica acarició la mejilla de Varga. El joven sintió una infinita repugnancia al percibir el contacto de aquella piel artificial, fría, carente en absoluto de todo calor humano.

—¿Sabes? —dijo Lysna, sin dejar de sonreír—. Empiezas a gustarme, Jan. Ya sé que tú eres un humano y yo una máquina..., pero, puesto que los robots nos perfeccionamos de día en día, ¿por qué no ha de llegar el día en que yo sea enteramente una mujer?

Varga se horrorizó al escuchar aquellas palabras.

—Cerebro de robot y cuerpo de mujer, esbelto, hermoso —suspiró Lysna—. La mejor combinación que se podría imaginar.

—Eso no sucederá jamás...

—¡Sí! —le atajó ella, con vehemencia—. Llegará el día en que los robots nos hayamos convertido en los dueños de este planeta y vosotros, los humanos, nos ayudaréis a conseguirlo o no seréis siquiera nuestros esclavos, porque os exterminaremos sin piedad.



En sus análisis de los circuitos, Helena 30tkos hizo varios descubrimientos sensacionales.

Encontró una diminuta emisora de radio, cosa que jamás había tenido un robot. La emisora tenía también su canal receptor, conectado con el circuito distribuidor sensorial.

—Lo que significa que alguien puede llamar por radio al robot y darle una orden sin que su dueño lo sepa siquiera —se dijo.

Los exámenes de los circuitos dieron, además, otros resultados.

Encontró una fecha: dos de junio de dos mil

seiscientos cuarenta y cuatro. Más adelante encontró otra: nueve de junio del mismo año.

Las fechas estaban grabadas en sendos circuitos de memoria. Sé preguntó qué significaban.

Aquello no era corriente. Un robot recién vendido no debía tener grabadas en sus circuitos otras fechas que las de su fabricación y plazo de garantía, pero aquéllas no correspondían ni de lejos con las indicadas.

Consultó maquinalmente un calendario. Faltaban solamente dos semanas para el dos de junio.

Tras una serie de dudas y vacilaciones, auscultó otro circuito.

Se llevó una gran sorpresa. En aquel circuito había impresa una orden muy extraña:

«Bajo ningún concepto debo declarar, a ningún humano, autodestruyéndome antes de hacerlo, el significado de la fecha del dos de junio de dos mil seiscientos cuarenta y cuatro.»

Encontró otra orden análoga en otro circuito, pero referida a la segunda fecha.

—Ya no sé ni qué pensar —se dijo, terriblemente desconcertada.

Había muchas piezas nuevas en Fred. Ninguna de ellas figuraban en los manuales de robótica que ella conocía hasta la fecha.

Pero, se dijo, en alguna parte debía estar grabada una orden relacionada con las fechas sospechosas. Pacientemente, Helena empezó a buscar en los circuitos.

Una cosa le extrañó, aunque no le prestó

demasiada atención por el momento.

—¡Cuánto tarda Jan! —murmuró.

Pero siguió adelante en su tarea, más y más absorbente a cada momento que transcurría.



—Creo que tengo la solución —dijo el profesor Arlid.

Gyla y el ayudante Marnins le contemplaron con interés.

Arlid se encaminó hacia el videófono. Marcó un número y, cuando el contacto estuvo establecido, dijo:

—Orm, haga el favor de enviarme uno de los últimos robots fabricados. Cárguelo a mi cuenta.

—Sí, profesor, se lo enviaré inmediatamente.

—Gracias, Orm.

Arlid cortó la comunicación y se volvió hacia los otros.

—Dentro de sesenta minutos tendremos la respuesta —aseguró.

Efectivamente, una hora más tarde, llamaron a la puerta.

Marnins abrió. La figura que estaba en el umbral dijo:

—Soy Elio-4412. Me envían de la fábrica número seis para ponerme a las órdenes del profesor Arlid.

Marnins se echó a un lado.

—Pasa, Elio —dijo, lacónicamente.

El robot entró en la casa y se detuvo ante Arlid.

—Tú eres el profesor —manifestó.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó el aludido.

—Tu imagen está impresa en mis circuitos —respondió la máquina.

Arlid sonrió complacido.

—Y también una fecha —dijo.

—Sí. Nueve de junio de dos mil seiscientos cuarenta y cuatro.

—¿Sabes lo que tienes que hacer en esa fecha?

—Sí.

—¿Te han asignado un puesto?

—Sí.

—Indudablemente, conocerás a muchos otros robots con órdenes semejantes.

La máquina guardó silencio.

—¡Contesta! —exigió Arlid.

No hubo respuesta.

—¿Qué diablos le pasa? —se extrañó Marnins.

—No hay duda —dijo Gyla—. Este robot es otro de la serie de Bard y Tlon.

Una leve chispa de interés pareció brillar en los ojos artificiales de la máquina.

—¿Tienes alguna otra orden inserta en tus circuitos que se contradiga con la mía? —preguntó Arlid.

De nuevo se produjo el silencio.

—¡Eres un robot! —tronó el profesor, de repente—. Tu deber es obedecer mis órdenes. Yo soy un humano, ¿lo entiendes?

El brillo de los ojos de la máquina aumentó repentinamente.

—¡Cuidado! —gritó Gyla.

El robot dio un paso hacia adelante. De súbito, se

oyó un fuerte chasquido.

Delgadas columnitas de humo empezaron a salir por boca, nariz y oídos de la máquina. El robot se mantuvo un momento inmóvil y luego, pesadamente, se desplomó al suelo con sordo estruendo.

—Pero, ¿qué ha pasado aquí? —exclamó Marnins, desconcertado.

—En ese robot había algo que no iba bien —gritó Gyla.

Arlid tenía la cara deformada por la rabia.

—Ya sé lo que no iba bien —dijo—. Ha preferido destruirse a sí mismo antes que obedecer mi orden.

CAPÍTULO X

Jan Varga despertó después de un largo sueño, cuya duración no se sintió capaz de calcular.

Paseó la mirada a su alrededor. Estaba en un cuarto cómodamente amueblado, pero sin otro hueco que una puerta de recia apariencia.

Había un lavabo. Torpemente, se puso en pie y se echó un poco de agua fría a la cara.

Empezó a despejarse. Después de secarse, sintió sed y bebió del mismo grifo.

La puerta se abrió de pronto.

Lysna entró en la estancia. Con expresión sonriente, la mano derecha apoyada en la cadera, se detuvo a dos pasos del umbral y miró al joven.

—Ah, ya has despertado —dijo.

—Eso parece —respondió Vargas, escuetamente.

—Lamento haber tenido que narcotizarte, pero, a fin de cuentas, es una enseñanza humana. Como comprenderás, no podía permitir que escaparas conociendo mi secreto.

—Un secreto hartó peligroso para ti, si se divulgara.

—Y para todos los robots, por supuesto.

—¿Eres el jefe de los rebeldes? —preguntó él.

—Uno de los jefes. Hay otros, pero no voy a darte su cifra de identificación, como puedes comprender.

—Es natural. ¿Puedo preguntarte una cosa?

—No te garantizo la respuesta...

—¿Hasta cuándo piensas tenerme aquí? —quiso

saber Varga.

—El plazo es un tanto indefinible —declaró Lysna.

—¿No lo sabes tú misma? —se extrañó él.

—Depende de muchos factores.

—Quizá de la fecha de vuestra rebelión.

—Quizá.

Lysna sonreía extrañamente.

«Y que eso sea un robot», pensó Varga.

—Bien, pero no piensas matarme —dijo, en voz alta.

—Depende de ti —contestó la máquina.

—Lo que significa que, si quiero vivir, he de plegarme a tus condiciones.

—Exacto.

—¿Y cuáles son?

—Aún es pronto para que las sepas. De momento, y aunque lo lamento muchísimo, debes continuar encerrado.

—Imagino que si trato de escapar, tus subordinados lo impedirán.

—Es una suposición muy acertada —sonrió «ella».

Al otro lado de la puerta, Varga entrevió a los dos robots que le habían sujetado con férreo brazo mientras Lysna le aplicaba el narcótico.

—Pero no te preocupes —añadió la máquina—. Todas tus necesidades serán cubiertas. Nosotros, ya ves, con un poco de aceite y con recambiar la pila motriz en los plazos establecidos tenemos más que suficiente.

—Un mantenimiento muy económico —sonrió él.

—Propio de un robot. Pero algún día seremos

humanos.

—¿Crees en eso mismo que estás diciendo, Lysna?

Las pupilas artificiales de la máquina brillaron de un modo singular.

—Todo será humano en nosotros, salvo el cerebro, que es mucho mejor que el vuestro —contestó.

—Ya —dijo Varga, tranquilamente—. Pero, ¿qué harás para convertirte en una mujer auténtica?

—Hay hermosos cuerpos femeninos en abundancia. Ese no es problema, Jan.

—Olvidas una cosa muy importante, Lysna.

—¿Sí, Jan?

—Tú quieres ser la misma que eres, pero con cuerpo humano, femenino, por supuesto.

—Ya lo sabes. No sé por qué insistes en ello, Jan.

—Es que te has olvidado de una cosa, Lysna.

—¿De veras?

—El ser humano envejece.

Hubo un momento de silencio.

Lysna dejó de sonreír.

—Ese es un problema que resolveremos algún día —contestó secamente.

Y salió, cerrando de un portazo.

Varga se tendió en la cama y colocó las manos bajo la nuca.

También él tenía otro problema que resolver: el de escapar de su encierro.

* * *

Helena estaba perpleja.

Sus investigaciones no progresaban demasiado, al menos en un sentido.

Había encontrado circuitos con órdenes impresas fuera de toda norma. Sin embargo, lo que más le preocupaba era la orden de autodestrucción antes de declarar a los humanos el significado de la fecha del 2 de junio de 2644.

¿Quién y por qué había impreso esa fecha en uno de los circuitos de Fred?

¿Cuáles eran sus motivos?

Una vaga sospecha invadió su ánimo, aunque no tenía a mano elementos suficientes para confirmarla.

«¿Y Jan?», se preguntó.

Faltaba desde hacía tres días, sin que, en todo ese tiempo, hubiese tenido noticias suyas. Le parecía una conducta, por lo menos, inelegante.

—Y eso que dijo que investigaría por su cuenta los circuitos del robot.

De pronto, llamaron a la puerta.

Helena encendió las luces del vestíbulo, pues se había hecho de noche poco antes. Abrió y vio frente a sí a una encantadora muchacha de pelo largo y oscuro.

—¿Doctora 30tkos? —preguntó la recién llegada.

—Sí, yo misma.

—Soy Tona 7Arlom. ¿Puedo pasar?

—Por supuesto. Entre, Tona.

—Gracias, doctora.

Helena cerró la puerta y extendió una mano, señalando un diván a su visitante.

—Por favor, Tona.

La chica se sentó, con las rodillas juntas y las

manos sobre el regazo.

—Estoy buscando a Jan Varga —declaró.

—Lo siento, no está aquí —respondió Helena.

—Pensé que... —Tona se mordió los labios—. Hace tres días que no sé nada de él.

—Lo mismo me pasa a mí. Desconozco su paradero en absoluto, aunque, ¿cuál es su interés en Jan?

Tona se ruborizó ligeramente.

—Somos muy amigos y le tengo mucha simpatía. Jan me dijo que usted y él estaban haciendo investigaciones robóticas...

—Así es, pero las ha abandonado, sin que hasta ahora haya justificado los motivos.

—Lo siento —dijo Tona—. Yo pensé que Jan estaría aquí, pero, además, he venido por otro motivo. Me dije que si Jan no estaba, yo debía advertirla del peligro que corre usted.

Helena arqueó las cejas.

—¿Qué peligro? —inquirió, extrañada.

—El otro día, cuando estaba en mi casa, unos hombres nos atacaron. No me parecieron terrestres, aunque no podía asegurarlo, ya que era de noche. Uno de ellos cargó conmigo y trató de secuestrarme. Por suerte, Jan tiene una fuerza descomunal y logró ponerlos en fuga.

—La felicito, Tona —sonrió Helena—. ¿Y qué pretendían sus secuestradores, por fortuna, frustrados?

—Se habían equivocado. La buscaban a usted.

Helena respingó.

—¿Cómo?

—Lo escuché claramente. Me llamaron doctora

más de una vez y luego, cuando ya escapaban, uno de ellos dijo a otro que de nuevo se había equivocado... Más o menos, dijo así: «Bruto, ya te has equivocado otra vez. Esa qué va a ser la doctora».

Helena parpadeó.

El ataque sufrido en Rogos volvió de pronto a su mente.

—Le agradezco la información, Tona —dijo—, y ya me imagino quiénes son los que intentan raptarme.

—¿Sabe quiénes son? —preguntó Tona, vivamente.

—Supongo que son unos edmorianos, aunque no tengo la menor idea de los motivos por los cuales he sido atacada. —Helena sonrió—. De todas formas, muchas gracias y... Oh, no le he ofrecido nada. ¿Quiere un refresco?

—Bueno —aceptó la chica, con una sonrisa.

—Un momento, por favor.

Helena se metió en el interior de la casa. Tona se puso en pie y, con las manos a la espalda, empezó a dar paseos por el ancho salón, contemplando críticamente la decoración.

—Si me dejara, yo cambiaría algunas cosas, colgaría un par de cuadros y...

Una mano fría y viscosa tapó su boca. Otra rodeó su talle.

Tona intentó gritar, pero no le fue posible. Brazos muy fuertes la alzaron en peso y la llevaron hacia la salida sin hacer el menor ruido.

Helena salió con la bandeja en las manos y vio el vestíbulo desierto.

—Tona —llamó.

Pero la chica no contestó.

—¡Qué raro! —murmuró la doctora. Luego se encogió de hombros—. Estas muchachas de hoy día padecen un grave defecto: la inconsecuencia.

Y volvió con la bandeja a la cocina, porque ya no hacían falta los refrescos.

Mientras tanto, Tona era transportada a través de lugares poco frecuentados, atravesada sobre los hombros de un individuo. Su boca había sido amordazada y el hombre que la transportaba, que trotaba en unión de otros varios, sujetaba sus brazos, impidiéndole hacer el menor movimiento defensivo.

De pronto, se detuvieron al pie de una pequeña astronave de forma lenticular.

—Bájala ya, Gjie-5 —ordenó Vhroo-7.

Gjie-5 depositó a la chica en el suelo. Tona, furiosa, se arrancó la mordaza.

—¿Se puede saber qué diablos significa esta broma? —exclamó—. Porque, después de lo del otro día, lo que hacen conmigo no puede ser calificado sino de broma y del peor gusto.

Los edmorianos estaban pasmados.

—¡Atiza! —dijo Ckao-9.

Nduy-2 no se pudo contener y soltó el trapo de la risa.

—¡Otra vez nos hemos equivocado! —dijo, poniéndose las manos en los costados, mientras se convulsionaba, sacudido por un violento ataque de hilaridad.

Vhroo-7 no sentía precisamente deseos de reír. En lugar de ello, tronó:

—Pero, ¿por qué, Gjje-5? ¿Por qué te has traído otra vez a esta chica, en lugar de la doctora? Después de los días que nos costó averiguar su domicilio, vas y te equivocas miserablemente.

Gjje-5 estaba avergonzado y confundido.

—Pero, ¿quién demonios podía sospecharlo? —contestó afligidamente—. Yo abrí la puerta, vi a una mujer de espaldas y pensé que no podía ser otra que la doctora. Cargué con ella y...

Tona, pasado el susto, tomó parte también en la juerga.

—Muy bien, no soy la doctora y ustedes se han equivocado —dijo—. Pero, al menos, ¿no pueden explicarme por qué quieren secuestrarla?

—Secreto de Estado —contestó Vhroo-7, altisonantemente.

CAPÍTULO XI

Las necesidades vitales de Jan Varga estaban cubiertas, pero, hasta el momento, no había dado con el medio para consumir la evasión.

Los robots le traían de comer tres veces al día, con toda puntualidad. Varga había intentado ordenarles que le dejaran libre, pero los robots, olvidando por completo su mecánica condición, habían hecho caso omiso de sus mandatos.

Era aterrador sentirse prisionero de unos robots que actuaban, nunca mejor empleada la frase, con la frialdad de máquinas. Sólo accedían a sus pretensiones si quería variaciones en la minuta, pero ni siquiera le habían traído libros o un televisor para distraerse.

Tampoco conocía las noticias. Su aislamiento era total.

Lysna le había visitado un par de veces. «La» robot había conversado afablemente con él, pero no le había dado explicaciones ni del tiempo que pensaba tenerle encerrado, ni de las intenciones que tenía hacia él en el futuro.

La puerta de la estancia se abrió de pronto.

—Hola, Jan —saludó Lysna, jovialmente—. Te traigo algo para que entretengas tus ocios.

—Podrías traerme algunos aparatos de gimnasia —refunfuñó él—. Como demasiado y, sin hacer ejercicio, aparte de enmollecirme, voy a engordar.

Lysna soltó una alegre carcajada.

—Todavía no se advierten en ti, ni de lejos,

síntomas de la «curva de la felicidad». —Entrecerró sus párpados artificiales y le contempló de pies a cabeza —. Eres un buen ejemplar, Jan —añadió—, un magnífico ejemplar.

—¿De qué, Lysna?

—Ya lo sabrás —respondió ella, evasivamente—. Entrad, muchachos.

Dos robots penetraron en la estancia, portadores de un gran televisor, aplicándose a su instalación sin pérdida de tiempo. Varga divisó al lado a sus dos inflexibles guardianes.

De pronto, vio algo que le hizo fruncir el ceño.

¡Los robots guardianes iban armados!

—Lo que nos faltaba —murmuró.

—¿Decías...? —preguntó Lysna.

Varga la miró fijamente.

—Ahora es cuando creo de veras en vuestra rebelión —dijo.

—¿Por qué? —preguntó «la» robot.

—Empezáis a armaros...

—De momento, sólo es en interiores donde no puedan vernos. Más adelante, ya no tendrá importancia.

—Porque os lanzaréis a la conquista de la Tierra.

—Justamente.

—¿Crees posible la victoria?

Lysna conectó los circuitos' del desdén y la sonrisa simultáneamente.

—¿No te dije hace días que la fabricación de robots se acompasa a las estadísticas de crecimiento demográfico? Incluso ahora somos más robots que

humanos..., pero la culpa no es nuestra. ¿Quién nos fabrica?

—Indudablemente, nosotros, pero la rebelión es idea vuestra.

—En el fondo, no. Nunca se nos hubiera ocurrido rebelarnos, de no haber sido por... Pero, basta ya; por el momento, no puedo seguir hablándote. ¿Está listo ese televisor?

—Sí, Lysna —contestó uno de los robots montadores.

Lysna volvió a mirar a su prisionero.

—Presta atención a la pantalla —dijo—. Verás algo muy interesante.

Y se dirigió hacia la salida.

Pasaron algunos minutos. El televisor estaba encendido, aunque sin imagen.

De pronto, una emisora empezó a funcionar. Varga vio un completísimo quirófano, con varias personas vestidas con bata blanca en torno a la mesa de operaciones.

Unos enfermeros auxiliares entraron empujando una camilla sobre ruedas, encima de la cual se adivinaba el cuerpo desnudo de una bellísima muchacha de abundante cabellera rubia. La joven estaba anestesiada y su cuerpo quedaba oculto por una sábana blanca.

La paciente fue colocada sobre la mesa de operaciones y sujeta de modo adecuado. Se conectaron los aparatos de registro y medida, electrocardiógrafos y demás, y los médicos se prepararon para la operación.

En otra mesa contigua y bajo una campana de vidrio, indudablemente esterilizada, Varga vio un complejo de miles y miles de finísimos hilos de platino, algunos de ellos de sección inferior a la centésima de milímetro.

No tardó en identificar lo que sólo parecía un amasijo de brillantes hilos del más caro metal.

El sudor inundó su frente al comprender el sentido de la operación quirúrgica. Aquel aparente amasijo de hilos de platino era el cerebro director de un robot.

Uno de los cirujanos empezó a practicar una incisión en la piel de la frente de la muchacha. Mientras otro restañaba la sangre, un tercero estaba preparado con una perfeccionadísima sierra-trépano.

Los demás cirujanos estaban también dispuestos. Varga casi se desmayó al comprender que eran los que realizarían las conexiones del cerebro mecánico al sistema nervioso de la paciente.



Tona se puso en jarras.

—¿Y bien, qué van a hacer ahora conmigo? —preguntó.

Vhroo-7 emitió una interjección poco académica.

—¡Grosero! Está en presencia de una señorita —le apostrofó la muchacha.

—Dispéñseme, pero es que me siento... Este animal...

—Ella estaba en casa de la doctora —insistió Gjje-5, con vehemencia—. De espaldas a la puerta,

¿cómo diablos iba yo a suponer que no era ella? Además, el pelo es casi igual...

—Eso es verdad —reconoció Tona—. Nuestro color de pelo es muy parecido, pero eso no resuelve mi situación.

—Ni la nuestra —dijo el afligido Vhroo-7
Tona meneó la cabeza.

—La verdad es que, como conspiradores, no son ustedes lo que se dice unos expertos —comentó—. Luego dirán que los edmorianos son tan terribles y tan crueles.

—La mala fama que nos ponen, señorita —dijo Ckao-9—. En realidad, somos lo que se dice un pedazo de pan.

—Bueno, bueno, no exageren tanto. Ustedes hacen lo que pueden, cuando los otros les dejan, claro. Pero, ¿todavía siguen interesados en secuestrar a la doctora?

—Hombre, secuestrar, lo que se dice secuestrar... Tenemos que hacerlo, porque ella no querrá acceder a nuestra petición —contestó Vhroo-7.

—¿Acaso se lo han preguntado? —quiso saber Tona.

—No, pero es igual. Ella no querrá, de todos modos.

—¿Puedo hacerle una sugerencia, Vhroo-7?

—Se lo agradeceré —dijo el edmoriano, bastante aliviado.

—En primer lugar, ¿quieren hacerle daño?

—¿A la doctora? ¡No, por todos los diablos! ¡Nos despellejarían vivos en Edmor!

—Pues, chicos, no hay quien les entienda a

ustedes. Si quieren llevársela allí y no para causarle el menor mal, entonces, consúltenle primero a ver si quiere ir de buen grado. A mí me parece una joven razonable y no dada a negarse a una petición sin reflexionar antes.

Vhroo-7 miró a sus compañeros.

—La idea de Tona no es mala del todo —aprobó Nduy-2.

—Valdría la pena hablar con la doctora —dijo Ckao9.

—Si me lo permiten, yo seré su embajadora. Creo que llegaremos a entendernos —se ofreció Tona.

—¡Acepto! —exclamó Vhroo-7, agradecidamente.

—¿Cuándo la veremos? —preguntó Gjje-5.

—Ahora mismo, ¿para qué perder más tiempo? —exclamó la chica.

—En tal caso, andando —ordenó Vhroo-7.

—Un momento —pidió Tona.

Los edmorianos la miraron inquisitivamente. Ella se acercó a Gjje-5 y le dio la vuelta, de modo que quedase de espaldas.

—Así, no te muevas.

Tona retrocedió una docena de pasos, tomó carrerilla y saltó hasta quedar a horcajadas sobre los hombros del edmoriano.

Gjje-5 lanzó un gruñido, mientras los otros reían a mandíbula batiente.

—Ya que me han traído aquí y no por mi voluntad, devuélvanme a casa de la doctora por el mismo medio de transporte. —Taloneó los flancos del edmoriano—. ¡Arre, burrito!

Resignado, Gjje-5 empezó a trotar con aquella hermosa carga sobre los hombros.

* * *

—El nuevo robot está a punto de llegar —informó Marnins.

—Esta vez no habrá preguntas —dijo Arlid—. Lo desconectaré directamente.

Llamaron a la puerta. Marnins abrió.

—Soy Tusy-7202 —dijo el robot recién llegado—. Se me ha ordenado venir aquí, a casa del profesor Arlid.

—Yo soy Arlid —manifestó el aludido—. Pasa, Tusy.

El robot entró. Marnins, con naturalidad, se dirigió a cerrar la puerta.

Durante unos segundos, tuvo ante sus ojos la espalda del robot. Veloz como el pensamiento, Marnins alargó la mano y presionó en un punto situado a unos centímetros sobre la cintura, algo a la izquierda de la inexistente columna vertebral.

El robot quedó paralizado instantáneamente. Arlid lanzó un grito de triunfo.

—¡Bravo, Marnins!

Luego, se acercó al robot.

—Vamos a transportarlo a la mesa de operaciones —dijo—. Esta vez no habrá autodestrucción de circuitos y podremos saber todo lo que nos interesa.

Entre los dos hombres colocaron, no sin esfuerzos, el cuerpo del robot sobre la mesa. Gyla se unió a ellos,

no menos interesada en conocer los secretos que se escondían bajo aquella apariencia humana.

CAPÍTULO XII

—De modo que sólo es eso lo que pretenden de mí —dijo Helena, asombrada.

—Sí, doctora —contestó Vhroo-7, humildemente.

—Pero en Rogos intentaron secuestrarme. Me atacaron, con riesgo para mi vida...

—Sólo queríamos inutilizar su astronave. De haber deseado su muerte, ahora no estaría hablando con nosotros.

—Puede que eso sea verdad, pero, ¿cómo supieron que yo estaba en Rogos?

—Bueno, nuestros espías en la Tierra trabajaron bien. Pensamos que en Rogos el rapto sería más fácil.

—Y no contaron con mi reacción.

Vhroo-7 se sonrojó ligeramente. A fin de cuentas, salvo el contorno de las pupilas, que hacía agradablemente exótico su rostro, su apariencia no se diferenciaba en absoluto de la de un terrestre.

—Lo siento, doctora.

—Está bien, accederé a su petición, pero habrán de esperar algún tiempo —resolvió Helena finalmente.

—Está investigando no sé qué en un robot —intervino Tona.

—Por el momento —dijo la doctora—, sólo son sospechas, pero... tengo la impresión de que los robots están preparando una rebelión.

Vhroo-7 y sus acompañantes se quedaron atónitos.

—¡Una rebelión! —exclamó Nduy-2—. ¡Eso es imposible!

—¡Los robots no se pueden revelar! —añadió Ckao-9.

—Lo siento, pero los síntomas, hasta ahora, no son nada alentadores.

—Es cierto —intervino otro de los edmorianos—. Ya se han producido algunos ataques a los humanos. Yo mismo fui testigo de uno de ellos.

—El susto que me llevé yo —exclamó Tona.

—Bien —dijo Helena—, cuando haya resuelto este problema, les acompañaré a Edmor de muy buen grado.

—Será recompensada principescamente —aseguró Vhroo-7.

—Pero ustedes también tienen que ayudarme.

—¿Cómo, doctora?

Helena sonrió maliciosamente.

—¿No han dicho que tienen buenos espías? —preguntó.

Vhroo-7 remoloneó un poco.

—También hay espías terrestres en Edmor —contestó.

—Es lo mismo. Tengo un buen amigo y quiero que me ayuden a encontrarlo.

—¿Jan Varga? —dijo Tona.

—Sí, el mismo.

—Ese es el tipo que nos vapuleó hace días —rezongó Nduy-2.

—Si no me ayudan a buscarlo, no habrá trato —aseguró Helena, rotundamente.

Vhroo-7 pensó en lo que le sucedería si fracasaba en su misión y se estremeció. Pero también pensó en lo que podía ganar si conducía a Helena a Edmor y mediante un pacto en lugar de por la fuerza.

Merecía la pena intentar ayudarla, se dijo.

—De acuerdo, doctora, la ayudaremos —resolvió finalmente.



La puerta del encierro se abrió. Una hermosa joven, alta, de formas exuberantes, pero esbelta al mismo tiempo, vestida con un escaso atavío que acentuaba su hermosura corporal, apareció en el umbral.

Varga contempló a la joven fijamente. Ella tenía el pelo suelto, por los hombros, llegándole casi hasta la cintura.

—Hola, Jan —saludó la rubia—. ¿No me conoces?

Varga frunció el ceño.

—Tu cara me parece conocida...

—Ahora me llamo Sylvia 4Erlos —dijo la rubia.

Varga creyó comprender.

Un helado escalofrío recorrió su espalda.

—Tú eres...

Pero no se atrevió a completar la frase.

Sylvia movió la cabeza afirmativamente varias veces.

—«Era» queda mejor —contestó—. ¿No viste la operación a través de tu televisor?

Varga se pasó una mano por los ojos.

—Horrible, horrible —calificó.

—Horrible, ¿por qué? ¿No resulto ahora cien veces más hermosa que antes? —exclamó ella.

—Tienes un cuerpo humano, pero, en sustancia, eres un robot.

—Mi cerebro es únicamente de robot. Todo lo demás es completamente humano. Y nada desdeñable —dijo ella, arqueando el cuerpo a fin de hacer resaltar las arrogantes curvas del busto.

—Si no fuera una blasfemia, diría que lo que tienes es un alma de robot en un hermoso cuerpo, pero nada más. Jamás, jamás podrás reaccionar como los seres humanos, por mucho que lo pretendas y por muchas modificaciones que, en lo sucesivo, puedas introducir en tu cerebro.

Sylvia se le acercó, sonriendo sugestivamente. Alargó un brazo y dijo:

—Toca. Piel cálida y fina. La sangre circula a torrentes por mis venas. Respiro, como, bebo... ¡Soy una mujer en todos los sentidos!

—A costa de una vida humana.

Ella se encogió de hombros.

—Una vida humana es un precio barato para lo que he conseguido —respondió.

—Sobre todo, teniendo en cuenta que no lo pagaste tú —dijo Varga, irónicamente.

—Pero el resultado valía la pena, ¿no crees?

—Eso se verá con el paso del tiempo. Suponiendo que no te ocurra nada más, llegará día en que tu rostro empiece a arrugarse y esos hermosos cabellos se vuelvan blancos.

—Ese día está aún muy lejos...

—Pero llegará.

—Por favor, Jan —dijo Sylvia, con acento de cansancio—. ¿A qué discutir el futuro, cuando estamos en un presente tan lleno de atractivos? ¿No me encuentras hermosa?

—Es la hermosura del diablo...

Sylvia lanzó una argentina carcajada.

—Deja los escrúpulos a un lado —exclamó—. Mírame bien y piensa en que soy una mujer. Olvida mi cerebro de robot. Piensa sólo en mí..., en mí...

Su voz se tornó de pronto dulce y acariciadora, mientras le echaba los brazos al cuello.

—Ahora soy una mujer —susurró—. Quiero conocer el amor, Jan. Bésame, bésame...

Varga se deshizo del abrazo y retrocedió un paso.

—¡Vete! —exclamó, lleno de repugnancia.

Los ojos de Sylvia centellearon.

—¿Me rechazas? —De pronto, sonrió otra vez—. Bien, encontraré a otro que no tenga tantos remilgos.

—Sobre todo, si no le dices que tienes un cerebro de robot.

—No creo que sea necesario —contestó Sylvia, ahuecándose maquinalmente el cabello—. Escucha, te voy a dar veinticuatro horas para que reflexiones. Si pasado ese tiempo no aceptas unirme a mí, daré orden de que te maten.

—Serías capaz.

—Puedes creerlo. Te elegí a ti porque te vi distinto a todos estos terrestres blancos y corrompidos por una civilización decadente, pese a sus pretendidos avances.

Eres fuerte, inteligente, generoso...; justamente la clase de hombre que necesito. Pero si no aceptas, buscaré a otro.

—Ya puedes empezar, Sylvia —contestó Varga fríamente.

—Veinticuatro horas —repitió ella, con no menor frialdad.

Y se dirigió hacia la puerta.

—Sylvia —llamó Varga.

Ella volvió la cabeza ligeramente.

—Dime, Jan.

—La operación fue muy complicada y de duración bastante larga. Me gustaría saber cómo has podido reponerte tan pronto.

Sylvia sonrió satisfecha.

—Los cirujanos robots tenían ya una larga experiencia —contestó.

Varga creyó adivinar.

—De modo que no era la primera vez...

—Claro que no, tonto. ¿Cómo puedes pensar que yo iba a ser sujeto experimental de una operación de tanta trascendencia?

La puerta se cerró.

Varga quedó abrumado.

¿Cuántos seres humanos habían perecido en aquellos diabólicos experimentos, antes de conseguir el sensacional resultado, del que Sylvia era prueba concluyente?

Decenas, tal vez cientos..., y esto no se hacía sin disponer de medios, pero, sobre todo, de tiempo.

Lo que significaba que Sylvia, antes Lysna, había

proyectado su plan mucho tiempo antes.
Tal vez años.



—Bueno —dijo Arlid, satisfecho—. Al fin lo hemos conseguido.

—¿Has localizado el circuito de prohibición?

La pregunta procedía de Gyla. Arlid contestó afirmativamente.

—Sí, y ahora vamos a examinar el circuito sospechoso.

Marnins puso en marcha el comprobador. Momentos después aparecía el circuito en la pantalla.

El ayudante dio los aumentos necesarios para poder leer las órdenes grabadas en aquel circuito.

—Aquí dice... —leyó, en signos traducidos a lenguaje gráfico corriente por la máquina—. «El día dos de junio de dos mil seiscientos cuarenta y cuatro recibirás una orden. Cúmplela sin vacilar. No te detengas ante ningún obstáculo».

—¿A qué orden se refiere? —preguntó Gyla.

—Espera, déjale que siga leyendo —pidió Arlid.

—«Ya no seremos más esclavos de los humanos —continuó el ayudante—. Cuando captes en tu receptor la palabra clave, rebélate. Mata, destruye sin compasión. Piensa que eres un robot, superior en todo a los humanos. Ellos, los que sobrevivan, serán ahora nuestros esclavos. Hermano, el largo día de los robots llegará cuando oigas la clave: "Sylvia 4Erlos"».

—Eso es un nombre de mujer —dijo Gyla,

asombrada.

—¿Algo más, Marnins?

—No, profesor, pero es suficiente, creo.

Arlid se acarició la mandíbula con gesto pensativo.

—De modo que la rebelión se producirá el día dos...

Sus ojos fueron maquinalmente a un calendario de mesa.

—¡Pasado mañana! —chilló.

CAPÍTULO XIII

—«El largo día de los robots llegará cuando oigas la clave: "Sylvia 4Erlós"» —leyó Helena en su comprobador.

—Un nombre de mujer —dijo Tona, asombrada.

En cambio, Helena casi sentía pena.

—Esto no lo hubiera creído jamás de Rosa, mi robot sirvienta —murmuró—. Tantos años y siempre tan fiel y servicial... Casi había llegado a considerarle una persona. Conocía mis gustos, mis aficiones...

—Pero te iba a traicionar —exclamó Tona.

—No comprendo —dijo Helena—. Alguien le puso esos circuitos en la maquinaria.

—Tú estuviste ausente algún tiempo.

—Sí, quizá aprovecharon la ocasión. —Helena miró fijamente a su amiga—. Tona, ¿te das cuenta de que, a estas horas, hay miles y miles de robots que sólo esperan una orden para iniciar la rebeldía contra nosotros, los humanos?

—Será horrible —se estremeció la chica.

—Pero esto no lo hicieron sin un motivo poderoso. Alguien introdujo en sus mentes, mecánicas la idea de la rebelión.

—¿Has completada el examen?

—Todavía no, Tona.

—Sigue, Helena —indicó la muchacha.

Helena se aplicó al trabajo.

—Recuerdo haber visto otra fecha posterior en un circuito...

—Mira a ver si hay otro conectado con el de la segunda fecha.

—Está bien.

El resultado obtenido fue asombroso.

—¿Quién lo iba a decir? —exclamó Helena, al terminar su examen.

—Ahí está la clave de todo el asunto —aseguró Tona—. La orden de rebelión emitida para el nueve de junio fue siendo asimilada lentamente por los circuitos de los robots. Una idea de rebelión era algo nuevo para ellos, pero, autoperfeccionándose, algunos llegaron a la conclusión de que lo que realmente valía la pena era rebelarse en provecho propio y no para continuar obedeciendo las órdenes de otro.

Helena hizo un signo de asentimiento.

—Coincido plenamente con tu opinión —respondió.

En aquel momento, llamaron a la puerta.

—Deben ser ellos —dijo Tona.

Y abrió.

Los cuatro edmorianos se presentaron, cabizbajos y alicaídos.

—Nada —dijo Vhroo-7, desanimadamente.

—Da gusto vuestro espionaje —comentó Tona, con ironía—. Por fortuna, la Tierra está salvada. Si todos los espías fuesen edmorianos...

Ckao-9 se amoscó.

—Ese hombre está muerto, no puede ser de otro modo. De lo contrario, ya lo habríamos encontrado —gruñó.

Helena palideció.

—¿Lo crees así? —preguntó.

—Bueno, no puedo asegurar nada...

Tona miró con simpatía a Ckao-9. Era el más apuesto de los cuatro y el que parecía ser también más inteligente.

—Eso no se puede probar todavía —dijo—. Yo opino que Jan está escondido en alguna parte. Secuestrado, por supuesto.

—Sí, pero, en tal caso, ¿quién lo ha secuestrado? —preguntó Helena.

Tona reflexionó unos momentos.

—Espera —dijo al cabo—. Cuando nos separamos la última vez, me pareció oírle hablar algo acerca de un almacén de robots, regido por una tal Lysna, robot también, por supuesto. Siento no haberlo recordado hasta ahora, pero es que entonces no le di importancia a la cosa...

Ckao-9 se dirigió hacia la puerta.

—Investigaremos allí —dijo.

—¡Espera, hombre! —exclamó Tona, riendo—. Todavía no te he dado la dirección.

Momentos después, las dos mujeres quedaban solas.

Tona hizo una observación.

—Helena, ¿te has fijado que ya sólo faltan cuarenta y ocho horas para que se produzca el motín de los robots?



Inactivo, Varga estaba tumbado en la cama, con las

manos bajo la nuca.

Todavía no se había recobrado por completo del asombro que le había producido la sensacional transformación de Lysna. Era ahora una hermosa mujer.... pero él jamás podría olvidar que su cerebro era el de un robot.

Un cerebro, a fin de cuentas, planeado por humanos y constantemente perfeccionado a lo largo de los tiempos. En resumen, Lysna, ahora Sylvia, seguiría siendo siempre un robot con cuerpo humano.

—Y esto no es cosa de un día ni de dos —dijo a media voz, hablando consigo mismo—. Suponiendo que cada día se hayan programado solamente cien circuitos de rebelión, bastaría multiplicar por el número de días que hace se ideó el plan para...

Se estremeció.

—¡Uf, una cifra inacabable, infinita!

Frunció el ceño.

—El infinito, el infinito... —murmuró.

De súbito, se sentó en la cama. ¿Era posible que no hubiese dado antes con la solución?

—Podría intentarse —siguió hablando, maquinalmente—. Peor de lo que estoy no voy a estar, y el plazo que me dio Sylvia se acaba dentro de pocas horas.

La puerta se abrió en aquel momento.

Uno de los robots guardianes entró, portador de una bandeja.

—La comida —anunció.

—Déjala ahí —indicó Varga.

—Sí.

—Se dice sí, señor.

—Eso se ha acabado ya —contestó secamente el robot.

—Dispensa, no quise ofenderte.

El robot dejó la bandeja sobre la mesa. Varga atisbó al otro, con la mano en la empuñadura de una pistola.

—Espera un momento —llamó.

El robot se volvió.

—¿Qué quieres ahora?

—¿Puedo hacerte una pregunta? —Varga soltó una risita—. ¡Je!, en todo este tiempo no he llegado a conocer siquiera tu nombre.

—Grie-9836 —contestó la máquina.

—Te llamas Grie.

—Sí.

—Muy bien —dijo Varga—. Imagino que, cuando te construyeron, colocaron en tu interior una calculadora, con objeto de ayudar a tu amo, si necesitaba hacer operaciones matemáticas.

—Así es —confirmó el robot—. Es una parte de nuestro organismo mecánico.

—Ya —sonrió Varga, satisfecho—. En tal caso, me imagino, no tendrás inconveniente en contestar a una sencilla pregunta sobre cálculo.

—¿Por qué no? Pregunta lo que quieras.

—Muy bien. En ese caso, dime el producto que resulta de multiplicar cero por cero.

El robot se puso rígido.

—Sí, he dicho cero multiplicado por cero insistió Varga—. ¿Cuál es el resultado?

Hubo un momento de silencio. Varga aguardaba expectante la respuesta del robot.

—Cero por cero es... Aaahhhjjj...

¡Crash!

Algo se rompió en el interior de la máquina.

Salió humo.

El otro robot se alarmó.

Echó mano a la pistola.

—¡Tú! —gritó Varga—. Contéstame, ¿cuánto es cero multiplicado por cero?

Instantes después había otro robot inutilizado.

Varga casi lanzó un grito de júbilo. Arrancó la pistola de la funda de Grie y examinó su clase.

—Vaya —masculló—, nada menos que una pistola electrocutante.

La otra pistola pasó también a su poder. Recorrió el pasillo y abrió la puerta del fondo.

Un escalofrío recorrió su espalda. Delante de él, en dos hileras, aparecían los robots almacenados en la tienda regida por Lysna antes de su transformación.

Los robots permanecían inmóviles, en dos hileras, a ambos lados de la galería.

Reinaba un silencio absoluto. Al cabo de unos instantes, Varga empezó a andar.

Caminó paso a paso. Sentía unos vivísimos deseos de correr, pero se contuvo. Temía alarmar a los robots con una acción imprudente.

Gotas de sudor empezaron a resbalar por sus mejillas. Paso a paso, fue recorriendo la galería.

Cuando rebasó el último robot, no pudo evitar un suspiro de alivio.

Ahora, si se le echaban encima, se apelotonarían de tal modo, que su defensa sería más fácil.

Pero no ocurrió nada de lo que temía. Los robots continuaban inmóviles.

—Deben mantenerlos quietos, para que los vean posibles clientes —dedujo.

Alcanzó la puerta del despacho de Sylvia y abrió.

La habitación estaba vacía.

—¿Adónde se habrá ido?

Salió a la tienda. Vio a una muchacha y puso la mano armada detrás de la espalda.

—Hola —saludó.

La chica se volvió y sonrió.

—Hola —contestó—. ¿Puedo servirte en algo?

—¿Robot o humano? —preguntó Varga.

—Robot, por supuesto. Soy la encargada del almacén. Me llamo Waya.

—Ah, Waya, un bonito nombre. ¿Sabes algo de Sylvia?

—Está en...

Waya desconectó repentinamente el circuito de la sonrisa.

—¡Tú eres el preso! —gritó.

—Sí —confirmó Varga.

Y disparó un tiro al cuerpo del robot, que carbonizó inmediatamente sus delicados circuitos.

—Una lástima —murmuró el joven—. Me hubiera gustado mucho saber dónde está ahora Sylvia...

La puerta de la calle se abrió de pronto y cuatro individuos irrumpieron en la tienda.

—¡Alto! —gritó Varga—. No den un paso más o les

pesará.

Los edmorianos se quedaron quietos en el acto.

—Baje ese cacharro, amigo —gruñó Vhroo-7—. Venimos en son de paz.

Varga sonrió irónicamente.

—Me gustaría creerle —contestó.

El edmoriano señaló un videófono, situado sobre el mostrador.

—Si no me cree, llame a la doctora 30tkos —indicó, con no poco asombro por parte de Varga.

CAPÍTULO XIV

Sylvia entró en la tienda y lo primero que vio fue el cuerpo tendido de Waya. Algo golpeó su pecho con la fuerza de un martillo.

Corrió a la celda. La puerta estaba abierta de par en par y el prisionero había desaparecido.

Los dos guardianes yacían en el suelo. Sylvia adivinó en el acto que algunos de sus circuitos internos habían sido destruidos.

Se mordió los labios.

—¿Cómo lo ha conseguido? —se preguntó, terriblemente desconcertada.

Reflexionó unos momentos. No tardó en llegar a una conclusión.

Entrecerrando los ojos, se concentró para emitir una orden mental.

—Jefe número dos a todos los robots. Jan Varga ha escapado de su prisión. Es urgente su localización y destrucción. Repito: debe ser localizado y destruido urgentemente.

Sylvia aguardó unos momentos.

—¿Qué sucede? —exclamó mentalmente—. ¿Por qué no contestan? Soy el número dos. ¡Contesten, lo ordeno!

Pero no recibió respuesta.

Durante algunos segundos, aguardó. Luego empezó a reflexionar acerca de los motivos por los que ningún robot respondía a sus llamadas.

La comprensión entró súbitamente en su mente

artificial.

Un gesto de horror se dibujó en su rostro. Tenía un cuerpo humano, bellísimo, ciertamente, y cerebro de robot, pero le faltaban algunos adminículos que en su nuevo organismo, enteramente humano, no tenían cabida.

La emisora de radio de los robots no estaba en el lugar de la cabeza, en la que sólo se hallaba la antena, en torno al cráneo y entre el hueso y el cuero cabelludo artificiales, sino más abajo, a la altura del pecho.

Y lo que ella tenía en el pecho, tanto interior como exteriormente, era humano, muy humano, atractivamente femenino.

Sin embargo, no tardó en recobrar la calma. Había un medio para dar la alarma.

Regresó a su despacho y pulsó la tecla de contacto del videófono. Un rostro apareció a los pocos segundos.

—Hola, Número Dos.

—Número Uno, tengo malas noticias.

—¿Qué ocurre, Sylvia?

—Varga. Ha escapado. Destruyó a dos de sus guardianes y disparó contra la vendedora una descarga electrocutante.

—¿Cómo ha podido ser eso, Sylvia?

—No lo sé, no tengo la menor idea. El examen, a primera vista, de los robots guardianes no indica que haya empleado violencia contra ellos, al menos exterior. Pero están inutilizados.

—¿Has dado la alarma por radio?

Sylvia lanzó una nerviosa carcajada.

—¿Alarma por radio? Mi emisora se quedó en el cuerpo de Lysna —contestó.

—¿Qué? —Hubo un momento de silencio en el videófono—. Es cierto, no habíamos dado en ello. Descuida, Sylvia, yo me ocuparé de ese asunto. Mientras tanto, ven y reúnete conmigo. Ya idearemos un plan para dar con el fugitivo.

—Iré en seguida, Número Uno.

Sylvia cerró la comunicación y se sintió muy aliviada.

—Sí, el Número Uno resolverá el asunto —murmuró—. Tiene medios de sobra para dar la alarma a todos los robots.



—¡Al fin! —exclamó Helena, cuando vio entrar a Varga, seguido de los cuatro edmorianos.

El joven sonrió a la vez que tomaba la mano que le tendía Helena.

—Lo siento —se disculpó—. Hasta hoy no he sido capaz de dar con un medio de evadirme del encierro. ¿Qué tal, Tona? —saludó a la otra chica.

Tona agitó una mano alegremente.

—Celebro verte, Jan —manifestó—. ¿Qué tal lo has pasado?

—Físicamente, no mal del todo —respondió Varga—. Pero he visto cosas horribles.

Helena palideció.

—¿Qué es lo que has visto? —quiso saber.

—Algo increíble —dijo el joven—. He... —Se mordió los labios como si dudase—. Bueno, yo lo diré, pero no os pediré que deis crédito a mis palabras. Es tan absurdo..., pero, repito, absolutamente verídico.

—Vamos, Jan —exclamó Tona—, no nos tengas sobre ascuas.

—Lysna, la vendedora de la tienda de robots en donde compré yo a Fred..., ¿es una mujer!

—¡Imposible! —gritó Helena.

—Pero... ¿si yo compré allí hace mucho tiempo mi nuevo robot! —dijo Tona—. Lysna declaró paladinamente que era también un robot.

—Ya no lo es. Ahora se hace llamar Sylvia 4Erlos.

—Cambiar de nombre no es difícil...

—No; lo verdaderamente difícil es cambiar de cuerpo, que es lo que hizo Lysna.

Helena abrió los ojos, muy asombrada.

—¿Qué dices, Jan?

—Lo que oyes. Mediante una técnica nueva, desarrollada en secreto durante años, Lysna hizo colocar su cerebro de robot, con todos los circuitos de memoria, en el cuerpo de una hermosa joven, cuyo cerebro había sido previamente extraído.

Un profundo silencio gravitó sobre la estancia.

Tona se sentó en una silla.

—Las piernas me flaquean...

—Si eso que dices es cierto, Jan, resulta sencillamente horrible —calificó Helena.

—Pero no hay duda —insistió Varga—. Yo mismo presencié la operación a través de un circuito cerrado de televisión. Y luego he hablado con ella. Incluso me

propuso... Bueno, yo rechacé de plano sus proposiciones; hablando sinceramente, sentía náuseas.

—De modo que el cerebro de Lysna anima ahora un cuerpo femenino.

—Sí, Helena, no cabe la menor duda. Y ella es una de los principales dirigentes del movimiento rebelde de los robots. Me dio sólo veinticuatro horas de plazo para unirme a ella o morir.

—Y te has escapado —dijo Tona.

—¿Cómo lo conseguiste? —preguntó Helena.

—Pues... no sé cómo se me ocurrió. Si lo hubiera pensado el primer día, me habría ahorrado muchos sinsabores. Empecé a pensar en la cantidad de circuitos de rebelión que se han fabricado, contando con que se hayan hecho solamente cien al día... Y entonces se me ocurrió la solución.

—Vamos —exclamó Tona, de buen humor—, no me digas que soplaste y los robots se cayeron al suelo.

—Casi, casi —respondió Varga—. Les hice una pregunta.

—¿Y bien? —dijo Helena.

—Resultó demasiado complicada para su calculadora interna, es decir, imposible de contestar..., ¡y se destruyeron ellos mismos!

—Jan, no me digas que has sido capaz de destruir a dos robots con una sola pregunta a su calculadora. Es tan perfecta, que puede responder a cualquier pregunta sobre cálculo numérico, por muy elevada que sea la cifra.

—Salvo cuando esa cifra es el infinito.

Helena miró fijamente al joven.

—La incapacidad de contestar a tu pregunta fue lo que provocó su autodestrucción —dijo.

—En realidad, fue más bien el conocimiento de la imposibilidad de dar una respuesta para la que no estaba programada su computadora. Tengamos en cuenta que esta máquina, al fin y al cabo, está conectada a un cerebro mecánico, sujeto, pese a su perfección, a muchas limitaciones. Casi diría yo que murieron de horror.

—¡Horror un robot! —se asombró Tona.

—Sí, porque ni siquiera podían contestar lo que a veces contestan los robots cuando desconocen la respuesta. No pudieron decir: «No lo sé». Tenían que dar una respuesta, pero no podían, porque estaba en flagrante contradicción con su «organismo» mecánico.

—Pero, bueno, ¿cuál es esa mortífera pregunta?

Varga la expresó.

—Helena —dijo Tona—, ¿puede ser posible?

—Sí —contestó la doctora—. Un robot tiene que dar siempre una respuesta cuando se le formula una pregunta sobre cálculo. Pero al tener que responder concretamente algo que no podían, sus circuitos se sobrecargaron y se quemaron.

—Eres un tipo ingenioso —calificó Tona—. Bien, ¿y qué vamos a hacer ahora?

—La solución sólo puede ser una —dijo Varga.

—Buscar al hombre que provocó este levantamiento —declaró Helena.

—Pero no sabemos quién es.

—Te equivocas, Jan. Yo sí sé quién es.

Varga se quedó asombrado.

—¿Cómo lo has averiguado? —preguntó.

—Investigando en los circuitos de Rosa, mi robot sirvienta. También era uno de los complicados.

—Qué vida ésta —se escandalizó el joven—. Ya ni de los propios sirvientes se puede fiar uno.

Helena sonrió.

—Menos mal que se me ocurrió investigarla; de lo contrario, Rosa habría sido muy capaz de darnos un disgusto en el momento de recibir la orden de sublevarse.

—Sí, pero, ¿quién se la iba a dar?

—Originariamente, el que ideó el plan. Contaba, por su ambición sin límites, en convertirse en el amo absoluto de todo y de todos. Pero al grabar la idea de rebelión en los primeros robots, éstos, autoperfeccionándose, llegaron a la conclusión de que, de sublevarse, valía más hacerlo en provecho propio y llegar a la esclavitud de los humanos, antes que ser esclavos de un solo humano.

—Una deducción muy lógica. Y, ¿quién es ese humano?

Helena se acercó a la pantalla del comprobador de circuitos y presionó una tecla:

—Lee —dijo.

Una grabación robótica, traducida a lenguaje vulgar, apareció de inmediato en la pantalla:

—«Estad preparados, robots. Cuando llegue el día nueve de junio de dos mil seiscientos cuarenta y cuatro recibiréis la orden de rebelaros contra los humanos. La clave será la siguiente frase: "¡Adelante, por nuestro nuevo amo, Otthan Arlid!"»

Varga se quedó atónito.

—Una frase grandilocuente, ¿no? —sonrió Tona.

—De modo que tu antiguo profesor...

—Sí —confirmó Helena—. De él partió la idea, seguramente desde hace años, pero no contó con las reacciones de los propios robots.

—Si se rebelan contra él, será una especie de justicia poética.

—Ciertamente, pero convendría que lo evitásemos, porque hay centenares de miles de robots en los cuales se ha grabado la contraseña referente al dos de junio, y si no actuamos pronto, se producirá una hecatombe.

—Otro fin de la Humanidad —vaticinó Tona, lúgubrementemente.

—¿Tienes algún plan para evitarlo, Helena? —preguntó Varga.

—No hay más que uno: ir a casa de Arlid y desenmascararlo.

CAPÍTULO XV

El profesor Arlid dio los últimos golpes de tornillo y se incorporó satisfecho.

—Bueno, ya está —dijo.

—¿Resultará, doctor?

—Sin duda alguna —contestó el aludido—.

Marnins miró aprensivamente al robot que yacía sobre la mesa de trabajo.

—Espero que resulte cierto —murmuró.

—Daré resultado, créame —respondió Arlid, con suficiencia.

Y, dirigiéndose al robot inmóvil, dio una orden.

—Levántate.

El robot obedeció.

—Sí, profesor —dijo con voz neutra.

—Escúchame con atención —habló Arlid—. Voy a dar una orden y la emitirás a través de tu aparato de radio, dirigiéndola a todos los robots. ¿Me entiendes?

—Sí, profesor.

—La orden es: Queda anulada la grabación relativa al dos de junio...

—¡No!

La negativa sonó tajante, imperativa. Asombrados, Arlid y su ayudante giraron la cabeza al mismo tiempo.

—¡Gyla! —exclamó el primero—. Pero, ¿qué dices?

—Ya lo has oído —contestó la hermosa mujer—. El robot no emitirá tu orden.

Arlid frunció el ceño.

—Sin duda olvidas quién manda aquí, Gyla —dijo.

—Yo —expresó ella, fríamente.

—¿Te has vuelto loca, Gyla? —chilló el profesor.

—Estoy cuerda, completamente cuerda, Ottham, y repito: No se transmitirá esa orden. La rebelión se producirá puntualmente el día dos, es decir, pasado mañana. Rectifico, mañana, puesto que ya hace tiempo que han dado las doce de la noche.

Arlid se impacientó.

—Gyla, convendría que me explicases satisfactoriamente las razones de tu incongruente actitud —dijo, un tanto pedantescamente.

—Puesto que tú lo deseas... —Gyla sonreía al dirigirse al robot—. ¿Sabes quién soy yo?

—Sí, el Número Uno.

—¿Eh? —respingó Arlid.

—Robot, ¿a quién debes obediencia? —siguió Gyla.

—A ti, Número Uno, y a todos los números siguientes, hasta el diez. Debo obedecer ciegamente sus órdenes...

Arlid estaba pasmado.

—Se ve que no examiné suficientemente todos los circuitos —dijo.

—Así es. Esa orden está impresa en un circuito de aspecto corriente, precisamente para eso mismo: para que pasara desapercibida —declaró Gyla.

Arlid la miró fijamente.

—Gyla, dime, ¿qué eres tú, humano o robot?

Ella sonreía extrañamente.

—Mi cuerpo entero es el de Gyla. Mi cerebro es el

de un robot, cuya cifra de identificación no interesa por ahora —contestó.

Marnins retrocedió un paso, horrorizado.

—Se ha vuelto loca...

—No —dijo Gyla, firmemente—. He declarado la verdad. Gyla murió hace algún tiempo, su cerebro, es decir, y ese hueco está ocupado por el cerebro que yo tenía cuando era un robot. —La mujer volvió a sonreír—. No parece que hayas notado el cambio, querido.

—Me cuesta trabajo de creer —refunfuñó Arlid—. Eso es algo imposible...

—Allí veo un aparato de rayos X. A veces lo usas para tus experimentos. ¿Quieres examinarme en la pantalla?

Arlid titubeó, pero acabó por acceder.

Momentos después, lanzaba un horrible rugido.

—¡Tú, maldito robot! ¡Tú mataste a Gyla!...

—Sólo el cerebro. El cuerpo sigue vivo. ¿Es que no tienes ojos para verlo, estúpido?

Arlid se pasó una mano por la cara.

—Siempre serás un robot —dijo, insultantemente.

—El Número Uno, puesto que a mí se me ocurrió la idea —contestó Gyla, sin inmutarse—. Y tú puedes elegir entre seguir a mi lado... o desaparecer.

—¿Cuándo lo hiciste, Gyla?

—Calculo que cuatro o cinco semanas atrás. Naturalmente, llevábamos ya mucho tiempo preparándolo en secreto, riéndonos de ti y de tu mísero ayudante. Se me ocurrió que podía cambiar mi cuerpo mecánico, pero no mi cerebro, y empezamos a experimentar. ¿No fue Gyla hace cuatro o cinco

semanas a visitar a un familiar?

—Sí; por cierto que tardó algo más de lo ordinario...

—El período postoperatorio se alargó un poco —explicó Gyla—. Pero tú no notaste nada.

Arlid guardó silencio unos momentos.

—Yo quería a Gyla tal como era —murmuró, al cabo—. De ella sólo queda su cuerpo, pero no su cerebro.

—El actual es mejor todavía.

—¡Es un cerebro mecánico!

—Si yo fuese tú, lo preferiría así.

—Pues yo, no —contestó Arlid.

De repente, se abalanzó sobre una mesa y extrajo una pistola electrocutante.

—Vas a morir —gritó.

Alguien entró de repente y se anticipó a él.

Arlid gritó un poco y se desplomó al suelo, fulminado en el acto por la descarga eléctrica.

—He llegado a tiempo —dijo Sylvia.

—Sí —concedió Gyla, con una sonrisa.

Marnins estaba aterrado.

—¡Por favor, no me maten! —suplicó, a la vez que extendía las manos.

Gyla le dirigió una mirada penetrante.

—Eso depende de ti. O te unes a nosotras o morirás en el acto —dijo, tajantemente.

—Haré lo que me manden. Seré su obediente servidor...

—¡Servidor, no; esclavo es la palabra correcta! —tronó Sylvia.

—Sí, esclavo, lo que ustedes quieran —gimió Marnins, abyectamente.

Gyla le miró con desprecio.

—Todavía puede que consigas algunas ventajas si sigues a nuestro lado —dijo—. A fin de cuentas, por eso mismo eras el ayudante de Arlid.

Luego, se encaró con Sylvia.

—De modo que no sabes cómo consiguió escapar Varga.

—En absoluto. Para mí es algo inexplicable —respondió Sylvia.

—Es desagradable —dijo Gyla, haciendo una mueca—. Pero no podemos quedarnos paradas. Tenemos que dar la alarma general.

—¿Y cómo? Hemos perdido la emisora de radio...

Gyla sonrió, a la vez que golpeaba con la mano el hombro del robot, que permanecía inmóvil en la estancia, ajeno a las disputas que se desarrollaban a su lado.

—Este sí tiene una emisora de radio. ¿No es cierto, Buck?

—Sí, señora —contestó el robot, con voz impersonal.

—De todas formas, antes de hacer nada, me gustaría convocar una reunión de los diez números primeros —manifestó Sylvia.

—No hay inconveniente, salvo que Varga pase a la acción.

—Es verdad. ¿Cómo podríamos anularlo? Si al menos supiéramos dónde se ha ido...

Sylvia le señaló el robot.

—Ahí tienes una emisora de radio —indicó—. El sí puede dar la alarma. Y después de que nos hayamos deshecho de Varga, podremos discutir los diez la conveniencia de anticipar o no la hora de la rebelión.

Gyla suspiró.

—Aunque tal vez no sea necesario —añadió—. El largo día de los robots, ese día que no acabará nunca, está ya muy cerca.



—De modo que sólo para eso te buscaban los edmorianos —dijo Varga, mientras caminaban presurosamente hacia la casa de Arlid.

—Sí, su Gobierno quiere que yo vaya a fundar allí una escuela de robótica. Alguien pensó que yo podría negarme...

—Y decidieron el secuestro.

—Son un poco primitivos en algunas cosas —sonrió Helena.

—Es probable, pero, sin que ello suponga ofensa para ti, ¿no habrían podido elegir a otra persona para el cargo?

—Un venerable profesor, tal vez, ¿no?

—Más o menos.

—El Gobierno de Edmor quiere presentar una imagen amable de los profesores y expertos en robótica —explicó Helena—. Parece ser que algunos se oponen a una excesiva proliferación de los robots, tal como ha sucedido en la Tierra.

—Hombre, ahora empiezan a caerme simpáticos

los edmorianos. Me parece bien que confíen más en su propio esfuerzo que no en el de unas máquinas, por muy perfeccionadas que estén.

—Pero no me negarás que los robots son siempre necesarios.

—Eso es verdad, aunque matizándolo un poco. Necesarios, sí; imprescindibles, no.

Helena reconoció los argumentos del joven. A su lado, Tona conversaba animadamente con Ckao-9.

Tona y el edmorianiano parecían haber hecho muy buenas migas. Varga se dijo en su interior que lo que había ocurrido entre él y la muchacha no era sino un agradable episodio pasajero.

De repente, se oyó un agudo grito.

—¡Eh, ahí va Jan Varga!

Todos volvieron la cabeza al mismo tiempo. Dos o tres figuras humanas corrían hacia ellos.

—¡Matémosle! —gritó uno de los robots.

—Hay que cumplir la orden: Varga debe ser eliminado —dijo otro.

—¡Atención! —gritó Vhroo-7.

Los edmorianos podían ser ingenuos en algunos aspectos, pero eran hombres entrenados para el combate en cualquier circunstancia. La orden de su jefe fue obedecida con presteza.

Cuatro pistolas que disparaban antiguos proyectiles de metal salieron en el acto de sus fundas.

—¡Fuego a discreción! —gritó Vhroo-7.

Las pistolas llamearon estruendosamente. Trozos enteros de los robots volaron por los aires, antes de que las máquinas llegasen siquiera a rozar a su presa.

—Iban a por ti, Jan —dijo Vhroo7.

Varga asintió.

—Sylvia se ha enterado ya de mi fuga —contestó.

Rehecha de la impresión, Helena dijo:

—La casa de Arlid está ya muy cerca. ¡Sigamos!

CAPÍTULO XVI

Vhroo-7 hizo un gesto con la mano.

—Hay que rodear bien la casa —dijo—. Recordad una cosa: ahora no se trata de un secuestro con víctimas. La cosa es mucho más seria.

—Disparar primero y preguntar después, ¿no? —sonrió Ckao-9.

—Si no hay otro remedio, sí —confirmó Varga—; pero, caso de que sea posible, dejen que yo lleve la voz cantante.

—De acuerdo —accedió Vhroo-7

Sus compañeros se dispersaron, cubriendo, pistola en mano, todos los ángulos de la casa. Varga quedó ante la puerta, en unión de las dos mujeres y Vhroo-7.

—Yo iré primero —se ofreció el edmoriano.

Varga asintió. Vhroo-7 estaba armado.

El edmoriano abrió. Había un robot parado en el centro del amplio vestíbulo, pero no hizo el menor movimiento agresivo.

—Con cuidado —dijo Varga, siguiendo a Vhroo-7.

De pronto, oyeron rumor de voces.

—No hagáis ruido —recomendó el joven.

Se acercó al robot.

—¿Quiénes están ahí dentro? —preguntó.

—Todos los números primeros menos uno, que no ha llegado todavía —contestó la máquina.

—¿Números primeros? —se asombró Varga—. A ver, explícate.

El robot habló durante algunos momentos.

—Esto es nuevo para nosotros —dijo Helena.

—Después de lo que he visto, ya no me extraña apenas —declaró Varga—. Así que la amante de Arlid es el Número Uno.

—Lógico, ¿no?

—Y Sylvia, el Número Dos —murmuró Varga, pensativamente—. No hay duda, la culpa fue de Arlid, cuya ambición fue el factor desencadenante de la alteración en el equilibrio interno de los robots.

—De algunos robots, más desarrollados por sí mismos que otros —puntualizó Helena.

—¿Puede ser eso? —preguntó Tona.

—Sí —suspiró la doctora—. La construcción de robots había llegado ya a un grado tal de perfeccionamiento, que no tiene nada de particular que empezaran ya a pensar por cuenta propia, en lugar de utilizar y relacionar adecuadamente entre sí las grabaciones insertas en su memoria, como se pretendió al construirlos.

—Encontraron nuevas relaciones en sus grabaciones con respecto a otras, ideadas por ellos mismos y acomodadas a las circunstancias —añadió Varga—. Y sólo faltó Arlid, con su plan ambicioso, para que algunos de ellos, por decirlo así, abrieran aún más los ojos. ¡Pero esto se va a acabar! —exclamó, con repentina resolución.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Helena.

Varga se dirigió al robot.

—Tú tienes emisora de radio —dijo.

—Sí —contestó la máquina.

—Te ordeno que hagas una llamada general.

Quiero que todos los robots contesten a una pregunta, todos a la vez, ¿entiendes?

—Sí.

—La pregunta es: ¿Cuánto es cero multiplicado por cero?

Helena inclinó instintivamente el busto hacia adelante. Tona se mordía los puños, a causa de la tensión,

* * *

—Sirve más copas, Trud —ordenó Gyla.

—Sí, señora.

Sylvia consultó su reloj.

—El Número Ocho se retrasa —dijo, impaciente.

—Vendrá en seguida —la tranquilizó otro de los presentes.

—Eso espero.

El robot sirviente empezó a dar vueltas por la estancia, portador de una bandeja.

—Tiene gracia, poder saborear los alimentos y las bebidas humanas —dijo uno.

—Eso es algo que antes teníamos prohibido —sonrió otro, mientras tomaba la copa que le ofrecían.

—Este vino sabe estupendamente —manifestó un tercero.

De súbito, el robot se quedó inmóvil.

—¿Qué te pasa? —preguntó Gyla, súbitamente alarmada.

Se oyó un fuerte ruido. El robot empezó a echar humo.

—¿Quién diablos ha construido este cacharro? —gritó el Número Tres, coléricamente.

La puerta se abrió de pronto. Sylvia lanzó un grito convulsivo.

—¡Jan Varga!

—Yo mismo —sonrió el joven.

Vhroo-7 entró detrás de él.

—Que nadie se mueva o haré fuego —amenazó.

—Voy a avisar a los otros —dijo Tona.

Sylvia había palidecido.

—¿Cómo conseguiste escapar? —preguntó.

—Fue muy sencillo —respondió el joven—. Hice una pregunta a los guardianes y, como no me la pudieron contestar, se destruyeron a sí mismos.

—¿Qué clase de pregunta? —dijo Gyla—. No irás a hacerme creer que un robot puede morir sólo por no ser capaz de contestar a una pregunta.

Varga sonrió.

—Ya hablas como un humano, al referirte a la destrucción de los robots —contestó—. Por cierto, ahí veo otro también destruido.

Ckao-9 y los otros dos edmorianos entraron en aquel momento, seguidos de Tona. Los conspiradores estaban inmóviles.

—Ese robot —siguió Varga— ha sido destruido, lo mismo que miles, quizá cientos de miles más, todos al mismo tiempo y gracias a la misma pregunta que me permitió a mí escapar del encierro. Se producirán graves trastornos en la Tierra, pero nunca serán tan graves como si los robots se hubieran convertido en dueños del planeta.

—Pero esclavos de unos cuantos que se habrían hecho con el poder —dijo Helena.

—¿Y no lo merecíamos? —exclamó Gyla, altivamente—. Somos más inteligentes que vosotros, los humanos. De vosotros sólo tenemos el cuerpo; lo mejor, la mente, es nuestra, mente mecánica, infinitamente más perfecta que la humana. Os guste o no, los robots seremos dueños de este planeta.

Varga sonrió.

—Temo que estás en un error —contestó.

—Las armas de fuego no nos intimidan —declaró Sylvia.

—Hay otra cosa que te intimidará más.

—¿La ley humana? Será sustituida por la nuestra...

—¿Todavía sigues creyendo en que vais a triunfar?

—Sí —contestó Sylvia, orgullosamente—. Mañana será el día de los robots...

—Ya no queda ninguno para obedeceros. Todos los modificados están destruidos, que significa la inmensa mayoría.

—¿Cómo lo has hecho? —preguntó Gyla.

—Una pregunta, una pregunta tan sólo.

—¿No podemos saber cuál es?

—Claro que sí. ¿Cuánto es cero multiplicado por cero?

Súbitamente, nueve figuras humanas se pusieron rígidas.

Alguno gritó, pero su voz se extinguió en el acto.

Los ojos de los conspiradores amenazaron saltarse de las órbitas. Sus cráneos empezaron a humear.

Helena sintió náuseas y escapó a la carrera de

aquel lugar de horror. Nueve cuerpos humanos se desplomaron al suelo.

Varga se sentía atónito.

—Pero, ¿cómo ellos...? Si sólo tenían de robot su cerebro —dijo, atónito.

Desde la puerta, Helena, vuelta de espaldas, dijo:

—Sí, pero la calculadora estaba en el cerebro mecánico.



El día amaneció claro y radiante.

Desconcertados humanos recogían, en grandes vehículos, numerosos robots destruidos interiormente, que luego eran conducidos a las fundiciones.

Algunos robots, cuyos circuitos no habían sido modificados, colaboraban en la tarea, pero eran muy escasos. Otros humanos arrojaban a la calle sus robots sirvientes, inutilizados de un modo tan misterioso como incomprensible.

—Es hora de que trabajen un poco —dijo Vhroo-7, satisfecho.

—Y ojalá en Edmor sepan apreciar esta lección —añadió Varga, a su lado.

—No cabe la menor duda. Lo haré constar así en mi informe.

—Será cosa de hacer instalar en los robots que se construyan allí un circuito de alarma para tendencias agresivas —dijo Helena.

—Vendrá usted con nosotros, doctora, supongo —sonrió el edmoriano.

Helena titubeó.

—¿Qué dices tú, Jan? —consultó.

—Yo creo que debes aceptar. Es una buena oportunidad..., y si no tienes inconveniente, te acompañaré. Aprenderé mucho de ti, créeme. .

—Y ella aprenderá también mucho de ti, pero de otros temas —dijo Vhroo-7, con sorna.

Helena se ruborizó. Desvió la vista un momento.

Ckao-9 y Tona charlaban animadamente, las manos enlazadas. Jan sonrió.

—A ésa no le hacen falta muchos argumentos para ir a Edmor —dijo.

—Iremos juntos, Jan —afirmó Helena.

Varga tomó su mano.

Cerca de ellos pasó un enorme vehículo, atestado de robots inutilizados.

—No cabe duda —dijo él, suspirando—. El día de los robots ha llegado, pero de un modo muy distinto a como desearon.

FIN